

RAE

1. TIPO DE DOCUMENTO: trabajo de grado para optar por el título de licenciado en filosofía
2. TITULO: La experiencia como fundamento pedagógico en John Dewey
3. AUTOR: Rafael Javier Alba Ortega
4. LUGAR: Bogotá, D. C.
5. FECHA: octubre de 2021
6. PALABRAS CLAVES: Pragmatismo, experiencia educativa, reconstrucción, pedagogía, entorno natural, valores, sociedad
7. DESCRIPCIÓN DEL TRABAJO: El objetivo de este trabajo es hacer un acercamiento a los planteamientos de John Dewey con respecto a la filosofía de la educación, basados en la reconstrucción de conceptos como experiencia y educación, exponiendo los rasgos más sobresalientes y los aspectos fundamentales para analizar la importancia y pertinencia en la educación de la sociedad actual. El autor quiere hacer de su filosofía que la educación sea el fundamento para mejorar las formas de vida de los seres humanos en su dimensión individual, social y democrática. Dewey, ha llevado a retomar elementos que al conectarlos con el contexto actual de Latino América y más específicamente de Colombia, interpela en cierta manera a escudriñar sobre aspectos que bien pueden darse en aplicación de manera resolutiva de los problemas sociales actuales que aquejan a los seres humanos de este continente.
8. LINEA DE INVESTIGACION: Línea de facultad de filosofía
9. METODOLOGIA: Investigación en el campo teórico de orden analítico, descriptivo y reflexivo
10. CONCLUSIONES: La lectura de la obra de Dewey conlleva a reflexionar sobre el papel importante de la educación como factor y agente de cambio. Este autor, rompe con los paradigmas tradicionales y se lanza con nuevas perspectivas hacia la formulación de un sistema educativo renovado, tendiente a mejorar las formas como se desarrollan los sistemas de aprendizaje de los individuos. El aprendizaje basado en la reconstrucción de la experiencia en cuanto se va enriqueciendo en conocimiento y en valores de manera continuada y direccionada, de experiencia en experiencia, esto es creciendo en sentido y significado, explica la manera como las personas van aumentando sus niveles de construcción personal en todos sus ámbitos hasta hacerlos conscientes, críticos y responsables, capaces de enfrentar de manera resolutiva los problemas y conflictos del presente, permitiendo que se posicionen con autoridad garante frente a la incertidumbre que emana por lo venidero. Es por lo que la obra de Dewey sigue siendo una gran fuente inspiradora para quienes osan por construir una mejor educación.

Universidad de San Buenaventura
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Departamento de Filosofía
Trabajo de Grado

LA EXPERIENCIA COMO FUNDAMENTO PEDAGÓGICO EN JOHN DEWEY

Rafael Javier Alba Ortega
Junio de 2021

Directora: Tulia Almanza Loaiza

Trabajo de grado presentado como requisito
parcial para optar por el título de:
Licenciado en Filosofía

AGRADECIMIENTOS

Sea esta la oportunidad para dar gracias primeramente a la profesora Tulia Almanza Loaiza quien fue mi tutora en la realización de este trabajo. Sus observaciones críticas, su disposición al diálogo, su apoyo constante y su insistencia a la responsabilidad contribuyeron mucho para enriquecer mi formación personal y para afianzarme de manera más consciente y positiva frente a la vida.

De igual manera agradezco a todos los profesores que tuvieron que ver con mi formación académica, pues su aporte queda marcado gratamente en el historial de mi proceso educativo.

Doy gracias también a los compañeros de lucha, aquellos que tendieron su mano para apoyarme en momentos difíciles.

De manera especial quiero dar las gracias a mis Padres que siempre me dieron su amor, su apoyo incondicional, me cuidaron, se preocuparon por mi bienestar en todo momento y, sobre todo, me enseñaron a enfrentar la vida con buenos principios.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCION	5
1. PRAGMATISMO, EXPERIENCIA Y EDUCACIÓN	8
1.1. El pragmatismo como fuente filosófica y pedagógica de John Dewey	9
1.2. Concepción deweyana de experiencia y educación.....	17
1.3. Inmadurez y madurez dentro del sistema de aprendizaje	21
1.4. Teoría inteligente de la educación.....	26
2. VALOR EDUCATIVO Y SOCIAL DE LA EXPERIENCIA REFLEXIVA	32
2.1. Los principios de la experiencia educativa.....	33
2.2. La educación como reconstrucción reflexiva de la experiencia	39
2.3. Hacia una teoría prospectiva de la experiencia educativa	44
3. ACTUALIDAD DE LA PROPUESTA DE DEWEY EN NUESTRO MEDIO	52
3.1. Rol experiencial del docente frente al alumno	52
3.2. Vigencia de Dewey dentro del contexto educativo colombiano	55
3.3. Mirada al contexto colombiano desde la perspectiva de Dewey.....	58
4. CONCLUSIONES	63
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	66
Bibliografía Primaria	66
Bibliografía Secundaria	66

INTRODUCCION

Mi pretensión en este trabajo es hacer un análisis sobre las principales aportaciones que John Dewey realizó en favor de la pedagogía desde su teoría de la experiencia. Este filósofo norteamericano pionero del pragmatismo es considerado el padre de la pedagogía moderna, y como tal ha marcado un hito dentro del despliegue de su pensamiento. Por eso me siento instado a retomar sus principales planteamientos, con el fin de resaltar su importancia histórica, vislumbrar las características más importantes en lo que a educación se refiere, buscando reconocer su valor, significación, potencialidad innovadora y su aplicabilidad dentro de la problemática que emerge y circunda el contexto educacional actual. En fin, en este sentido es preciso clarificar la categoría de experiencia, profundizar en su relación con la educación y sus implicaciones y sondear su vigencia en nuestro contexto actual que tiene la formulación de la teoría de la experiencia dentro del marco de la pedagogía contemporánea.

Las lecturas de algunas de las obras de John Dewey han despertado en mí un interés especial por examinar a profundidad uno de los conceptos primordiales en la filosofía y pedagogía de este autor: la experiencia. El estudio sobre la manera en que Dewey desglosa este concepto implica, a su vez, entender el privilegio que le da en sus reflexiones. Es por lo que se hace necesario comprender el significado y ubicación que le da a la experiencia en sus planteamientos para entender en detalle su pedagogía. De la misma forma, los alcances e implicaciones que a nivel pedagógico se desprenden de sus planteamientos pueden entenderse mejor si se ubica el problema de la experiencia como un elemento orientador y articulador en su pedagogía, considerando “que la unidad fundamental de la nueva pedagogía se encuentra en la línea de que existe una íntima y necesaria relación entre los procesos de la experiencia real y la educación” (Dewey, 1938, p.16). Se hace necesario analizar detenidamente el carácter de la experiencia para ver bajo qué argumentos el autor la presenta como fundamento de la educación, entendiendo que no sólo se reduce a comprenderla en desarrollo epistemológico, sino que se mueve en un escenario mucho más amplio de conocimiento, valor, sentido, y significado; lo que sugiere en consecuencia resaltar la importancia dentro del plano ético, político y, sobre todo, educativo, permitiendo en este último aspecto replantear la experiencia en una nueva significación de construcción continua, en

interacción con el entorno natural y social y con ayuda de una inteligencia que dirija organizadamente el crecimiento educativo en conocimientos y valores, en significado y sentido.

De la interlocución con las ciencias experimentales y la crítica a la tradición filosófica nace la noción Deweyana de la experiencia en tanto que se construye en gran parte desde el diálogo con la lógica experimental de las ciencias naturales y surge como una crítica a las nociones tradicionales que en rigor se han venido dando a lo largo de la historia de la filosofía. Es por lo que se hace difícil encontrar una definición en sentido estricto sobre la experiencia en Dewey, aunque su noción bien puede emerger del accionar del hombre en interacción con el entorno natural; es decir, su comprensión se da en el ejercicio del pensamiento en relación con los movimientos en conexión e interacción de las cosas y los hechos dados en el medio natural, en el que se adquiere o aumenta el aprendizaje, llegando a la adquisición de un conocimiento nuevo.

Con estas consideraciones el primer capítulo está dedicado a hacer un rápido estudio sobre el pragmatismo resaltando los aspectos más importantes y sus posibles implicaciones en la filosofía y la manera como Dewey convierte el pragmatismo en instrumentalismo. Se examina, además, la significación categorial de los conceptos experiencia y educación y la manera como este autor los redefine en significado y sentido. Así mismo se señala la dinámica de aprendizaje entre los individuos ‘inmaduros’ y los ‘maduros’. Frente a estos aspectos se mira la posibilidad de configurar una teoría inteligente de la educación que regule y dirija todo el andamiaje pedagógico. En el segundo capítulo, se examina el valor educativo de la experiencia, haciendo hincapié en los principios que se deben dar para que la experiencia sea educativa; se explicita la manera como la educación, a través de los movimientos del pensamiento, se concibe en reconstrucción reflexiva de la experiencia. Se verá también la posibilidad de formular una teoría prospectiva de la educación. En el último capítulo se trata de analizar la actualidad de la propuesta de Dewey en nuestro contexto, se resalta el rol del docente como pilar del proceso educativo, se discute un poco la vigencia de Dewey en la manera como se da la educación en Colombia para, en consecuencia, terminar haciendo una mirada crítica al contexto actual de nuestro país, desde la perspectiva de Dewey apoyado por otros puntos de vista en diferentes angulaciones. En este sentido, el interés especial está en exponer los rasgos más sobresalientes y los aspectos fundamentales del pensamiento pedagógico de Dewey de una forma más explícita, esperando

incidir de alguna manera en despertar el interés por sus planteamientos, especialmente, en el orden pedagógico.

1. PRAGMATISMO, EXPERIENCIA Y EDUCACIÓN

John Dewey, filósofo norteamericano quien incursionó por los senderos del pragmatismo del cual tuvo gran influencia en la concepción y desarrollo de su teoría, se muestra como un autor a estudiar en profundidad, dada la importancia de retomar aspectos que determinan las condiciones de vida en la formación y desarrollo del hombre como ser individual y social. Esta manera de recurrir a la experiencia de los sujetos, con el ánimo de replantear y reconstruir conceptos, crea con ello un nuevo sistema de características innovadoras que a la postre vienen siendo de gran riqueza y provecho.

Estudiar los aspectos más importantes de la propuesta pedagógica deweyana, conlleva a detener la mirada minuciosamente sobre los diferentes temas en los que el autor se dedicó a reflexionar. Considero indispensable retomar lo más importante del pragmatismo de su tiempo, para darle una connotación especial dentro de las pretensiones de reconstrucción e innovación en muchos aspectos de la vida y de la experiencia del ser humano, en tanto repercuten positivamente en su formación y desarrollo educacional. Dado que, dentro de las circunstancias actuales de cambio, se evidencia un progreso desmedido, marcado por el consumismo desaforado y el avance tecnológico que pueden subsumir las condiciones de vida del hombre a estas condiciones impuestas por el mercado, desvirtuando a los individuos en su manera de pensar y de convivir socialmente, restringiendo la capacidad cognoscitiva y la aplicabilidad positiva de valores éticos. En fin, la tendencia de este trabajo es hacer viable un camino de acercamiento a la concepción de Dewey como propuesta pedagógica, y a la orientación que dio a sus planteamientos donde prioriza la experiencia como factor primordial dentro de la educación, encajada en aspectos individuales, sociales y comunitarios. Ver a fondo de qué se trata su teoría de reconstrucción de la experiencia en cuanto se configura como fundamento en su propuesta pedagógica que bien abre un horizonte de perspectivas, buscando dar respuesta al panorama de exigencias de la actualidad en lo que a educación se refiere. De la misma forma, los alcances e implicaciones que a nivel pedagógico se desprenden de sus planteamientos, pueden entenderse mejor si se ubica el problema de la experiencia como un elemento enriquecedor, orientador y articulador en la pedagogía de este autor.

1.1. El pragmatismo como fuente filosófica y pedagógica de John Dewey

El filósofo que ha ejercido tanta influencia sobre el pensamiento, la cultura, la democracia y, especialmente, sobre la práctica educativa del mundo es el americano John Dewey: Nació en 1859 en Burlington, Estados Unidos, desarrolló durante su larga vida una segunda actividad de pensador estudioso y escritor, pero también intervino protagónicamente en la reforma educacional, en la organización y defensa del movimiento obrero estadounidense y luchó por los derechos de la mujer, las libertades civiles y la paz. Filosóficamente presentó una versión propia del pragmatismo, dirigido a la reconstrucción de la sociedad en la que le tocó vivir. En 1882, a los 23 años, se trasladó a Baltimore y se inscribió en la Universidad John Hopkins, atraído por el ambiente hegeliano de la universidad.

En su formación filosófica comenzó, en efecto, por una entusiasta adhesión al hegelianismo que para él representaba un instrumento de liberación ya que, la lógica hegeliana, según la percepción de Dewey, viraba en torno de una vinculación vital entre el hecho y el pensamiento; sin embargo, pronto sintió la influencia de la biología evolucionista darwinista y de las nuevas teorías psicológicas en las cuales el factor biológico era considerado esencial en el desarrollo de la vida. En 1884 obtuvo el doctorado con una tesis sobre Kant, y posteriormente se casó entonces con una antigua alumna llamada Alice Chipman, quien ejerció una gran influencia en la orientación de Dewey hacia la formación de las ideas pedagógicas, colaborando estrechamente con él. Enseñó primero en la Universidad de Míchigan, luego lo hizo en la Universidad de Chicago (Dewey, 1938, como se citó en Sáenz, 2008, pp. 14 – 17).

Su interés en la filosofía y en la práctica educativa ha sido un suceso destacable en la historia de la educación del siglo XX y, sin duda alguna, Dewey se ha convertido en un filósofo muy significativo en la historia del continente americano. Desplegó una fecunda actividad de estudioso y escritor, fue un hombre de acción que abogaba por la unificación de pensamiento y acción, de teoría y práctica. Tuvo una gran influencia en el desarrollo del progresismo pedagógico,

siendo el pedagogo más original, renombrado e influyente de Estados Unidos y uno de los educadores más geniales de la época contemporánea. En ocasión del cumpleaños número noventa, fue celebrado por hombres de pensamiento de todo el mundo como el más grande filósofo y pedagogo norteamericano. Murió el primero de junio de 1952 a los 92 años¹.

John Dewey fue muy reconocido, sus ideas fueron acogidas de manera privilegiada en casi todo el mundo. El desarrollo de su proyecto pedagógico basado en la experiencia se encuentra arraigado en el pragmatismo norteamericano. Para entender su obra y su teoría de la experiencia es preciso tener presente su incursión dentro del pragmatismo, su entorno y sus respectivas implicaciones. Vale la pena ahondar un poco sobre esta corriente filosófica para entender la manera como influyó en su discurrir filosófico y pedagógico.

El pragmatismo es una doctrina filosófica que surgió a finales del siglo XIX en Estados Unidos como una forma de reacción en contra a la tradición y al proyecto moderno de encontrar un conocimiento de la realidad tal como es ella en sí misma, una descripción última para concebirla bajo un fundamento metafísico, bajo una verdad absoluta, estática, acabada, inobjetable y de carácter universal². Esta corriente filosófica surgió también como una forma de resolución a la problemática que se daba por entonces, como efecto de los grandes cambios sociales dados por el progreso y el desarrollo de la industria y el comercio.

El Pragmatismo se entiende como un grupo de corrientes filosóficas con ciertas discrepancias en su interior, pero que en su mayoría encierran características comunes que ofrecen ayudas importantes a la filosofía y a la ciencia, en cuanto tiene elementos nuevos de orden epistemológico, político, moral, psicológico y pedagógico; constituyéndose así, como el primer aporte filosófico original de Estados Unidos a la filosofía occidental. Sus principales representantes fueron Charles Sanders Peirce, Williams James y John Dewey entre otros de menor

¹ Trilla, J. (2007). El Legado Pedagógico del siglo XX, Para la escuela del siglo XXI. P. 15. También ver artículo de Robert B. Westbrook: John Dewey, en Revista de Educación UNESCO. Vol. XXIII. 1993. Pp. 289 – 305. <https://core.ac.uk/download/pdf/9498629.pdf>

² Andrade, E. La filosofía de la naturaleza de Charles S. Peirce p. 63.

envergadura³. Con el ánimo de ir profundizando sobre este tema, se hace necesario aclarar qué se entiende por pragmatismo e ir a sus orígenes para busca caracterizar de la forma más adecuada esta corriente filosófica. Fue Peirce quien acuñó el término ‘pragmatismo’ por primera vez, promulgando su máxima pragmática tal como nos lo explica William James en su libro titulado *Pragmatismo*:

El término se deriva de la palabra griega *pragma*, que quiere decir “acción”, de la que vienen nuestras palabras “práctica” y “práctico”. Fue introducido en la filosofía por Mr. Charles Peirce, en 1878. En un artículo titulado: *How to make our ideas clear* {...} Mr. Peirce, después de indicar que nuestras creencias son realmente reglas para la acción, dice que para desarrollar el significado de un pensamiento necesitamos determinar qué conducta es adecuada para producirlo: tal conducta es para nosotros toda su significación” (James, 1975, p. 53).

Esto supone asumir que nuestras creencias de las cosas, entes, acontecimientos están reguladas, valen, son verdaderas, son buenas, no en sí mismas sino por las consecuencias prácticas, contingentes y útiles que ellas ofrecen para lo que el sujeto o la sociedad quiere obtener. Se presume de un distanciamiento a las concepciones de orden metafísico que llevan a generalidades abstractas carentes de referentes empíricos y de efectos prácticos es así como:

El pragmatismo vuelve su espalda de una vez para siempre a una gran cantidad de hábitos muy estimados por los filósofos profesionales. Se aleja de abstracciones e insuficiencias, de soluciones verbales de malas razones a priori, de principios inmutables, de sistemas cerrados y pretendidos “absolutos” y “orígenes”. Se vuelve hacia lo concreto y adecuado, hacia los hechos, hacia la adhesión y el poder. Esto significa el predominio del temperamento empirista y el abandono de la actitud racionalista. Significa el aire libre y las posibilidades de la naturaleza contra los dogmas, lo artificial y la pretensión de una finalidad en la verdad (James, 1975, p. 56).

³ Se pueden considerar otros como George Herbert Mead, Hilary Putnam y Richard Rorty, quienes suelen ser considerados como neopragmatistas.

Conceptualmente se trata de abandonar un esquema esquelético y abstracto para optar por el fructífero y rico árbol experiencial de la vida y del comportamiento humano (James, 1975, p. 67). Los pragmatistas clásicos criticaron la actitud racionalista y sobre todo metafísica, abogando por las posibilidades de acercarse a la naturaleza contra los dogmas, rompiendo con los dualismos y poniendo al pragmatismo por las sendas del pluralismo en tanto que, las cosas, de algún modo, se vinculan y se relacionan entre sí. Pero ante esta situación, James y el mismo Dewey, explicitan que no se trata de abandonar las teorías de la tradición metafísica, sino más bien hacerles un replanteamiento conciliador para suavizarlas dándoles un sentido más armónico y en consonancia con la naturaleza y con la realidad experiencial. Es así por lo que el pragmatismo se proyecta como fuerza conciliadora en su manera de proceder, que significaría un cambio en la filosofía, de tal manera que la metafísica y la ciencia se desplieguen por los senderos de aproximación, colaboración y conexión:

De este modo, las “teorías” llegan a ser instrumentos, no respuestas a enigmas, en las que podamos descansar. No nos tumbamos a la bartola de ellas, nos movemos hacia adelante y, en ocasiones, con su ayuda, replanteamos la Naturaleza. El pragmatismo suaviza todas las teorías, las hace flexible y manejables. No constituyendo nada esencialmente nuevo, armoniza con muchas antiguas tendencias filosóficas (James, 1975, p. 66).

Hay muchos enfoques pragmatistas, unos en sintonía y otros en discrepancia, lo que conlleva a inferir que el pragmatismo carece de criterios regidores que homogenicen una línea de pensamiento cuyas características converjan aunadamente hacia los mismos puntos de vista; pero sí hay que resaltar que las prácticas sociales, la acción y la conducta en sus efectos juegan un papel primordial dentro del despliegue argumentativo de estos filósofos. El pragmatismo en su origen fue interpretado por algunos como una forma de dominio, ambiciosa, egoísta y de beneficios inmediatos según lo señala Sara Barrena en su artículo sobre pragmatismo:

El pragmatismo fue una filosofía dominante en América y tuvo una amplia influencia en derecho. Teoría política y social, arte y religión. Sin embargo, es preciso señalar que el pragmatismo va más allá de ser una mera filosofía nacional, esto es, la expresión filosófica

del carácter nacional de los Estados Unidos, entendiéndolo por tal una glorificación de la acción por la acción y del individualismo (Barrena, 2014, p. 3).

Se pueden encontrar algunos hechos que registran esta forma de pragmatismo que, en cierta manera, influyeron en su momento a que Estados Unidos se consolidara como potencia mundial, salvaguardando los intereses de los americanos y el deseo de expandir su imperio por el mundo. Es el caso del entonces presidente americano Theodore Roosevelt, quien influenciado por los postulados del pragmatismo, formuló su imperativo personal, como mecanismo de dominación bajo el lema *lleva un gran garrote y llegarás muy lejos*. Fue así como logró algunos de sus propósitos repercutiendo negativamente en algunos lugares de centro y sur América y en el caso nuestro, esas repercusiones llevaron a tener consecuencias negativas ya que Colombia, por entonces, sufrió la pérdida de su soberanía sobre Panamá⁴.

Es de tener en cuenta que Peirce se sintió tergiversado en la manera como algunas personas entendieron y aplicaron sus postulados; por ello quiso hablar más bien de pluralismo en el sentido de la manera como se relacionan las cosas entre sí y con su medio, con su entorno, resaltando que nosotros tenemos un conocimiento de la realidad en sí misma, de la realidad como ella es, por tanto no hay sólo una manera de entender la realidad, sino que hay muchas maneras de cómo la realidad es en sí misma. Desde diferentes perspectivas podemos entender, leer, interpretar, describir esa realidad. Este es el pluralismo del pragmatismo clásico en tanto que acentúa la idea de que la realidad tiene muchos aspectos y cada lectura o descripción se adentra en uno de estos aspectos, es decir, se puede dar una descripción psicológica o una descripción física o una descripción astronómica o sociológica, etc., y todas ellas son simultáneamente correctas, válidas de acuerdo con el objetivo pretendido o la finalidad que se quiere⁵. Cada descripción o cada teoría obtiene su valor de verdad ajustada al nivel de comprensión, es más veraz en cuanto es más correcta, más explicativa, más exitosa, con un mejor criterio epistémico, la más convincente y beneficiosa; es el caso de la teoría de la relatividad que superó a la teoría cuántica y se muestra como la más convincente y exitosa quedando el panorama abierto para ser superada en el futuro.

⁴ Referenciado en la historia de Panamá y en la política del garrote de Theodore Roosevelt-

⁵ Prólogo *Pragmatismo* de Williams James, 1985, p. 9ss.

De esta forma se marca el pluralismo que se da no sólo en la multiplicidad de relaciones de las cosas, sino, también, en las múltiples formas de aprehender o describir la realidad.

En la actualidad el pragmatismo ha sido envilecido, ha perdido su significación original; cuando alguien dice que una persona o concepción es pragmática, normalmente quiere decir que es práctica o poco teórica, que no hay pretensiones a largo plazo, que es inmediatista, se ajusta a una terminología coloquial y corriente manejada dentro del común opinar de las personas. Se marca una distinción de significación descendente, pues la concepción original del término trasciende esta vaga acepción, en tanto que se ajusta a unos principios conceptuales de rigor, que exigen mucha conceptualización y mucha reflexión para determinarlo en su carácter original. Cuando el investigador, tiene la suficiente argumentación para constituir su cuerpo teórico en un frondoso cuerpo de reflexión filosófica, propugna un interés especial por el mundo de la realidad, de lo natural, de lo empírico, donde el valor de verdad se ajusta a las consecuencias prácticas. El pragmatismo defiende que la teoría debe tener relación con la experiencia, para disipar las confusiones conceptuales y los dualismos metafísicos y así obtener benevolencias mediante las consecuencias prácticas:

Para el pragmatismo el concepto de un objeto se identifica con sus efectos prácticos concebibles, expresando una visión dinámica de la inteligencia y el conocimiento. En esta línea debe ubicarse la oposición del pragmatismo a todo tipo de dualismo (por ejemplo, cuerpo-espíritu, pensamiento-acción teoría-práctica) (Ruíz, 2013, p. 105).

De igual forma, es importante hacer su aplicabilidad en el campo epistemológico en cuanto un saber se ajusta en la práctica y ese ajuste consiste en validar la verdad y ésta consiste en orientar a la práctica. Esta relación entre teoría, práctica y significación la muestra Sara barrena en su artículo sobre pragmatismo citando a Peirce: “considérese que efectos, que pudieran tener concebiblemente repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces nuestra concepción de estos efectos es la totalidad de nuestra concepción del objeto” (Pierce, 1978, como se citó en Barena, 2014, p. 17).

Este texto citado se esgrime en la máxima del pragmatismo que lo enarbola como método, según el cual el significado de una concepción intelectual viene determinado por las consecuencias prácticas de ese concepto. Se abstrae un matiz cuya fuerza significativa recae en las prácticas sociales, incidiendo en la conducta y en la dinámica de comportamiento de los seres humanos. Esta forma de pragmatismo es la que despierta nuestro interés, ya que no está viciada por fuerzas de dominio, ni de intereses individuales y egoístas, sino que se abre en nuevas perspectivas de beneficiar las prácticas sociales, el bien común. Son las convicciones de los filósofos pragmatistas clásicos especialmente de John Dewey quien va a desplegar sus planteamientos reconstruyendo conceptos para adecuarlos en pro de mejorar las formas de vida y de experiencia de los individuos y de la sociedad.

En esta línea de pensamiento se detalla en gran medida lo que es en sí el pragmatismo, corriente filosófica que Dewey profesó siéndole fiel seguidor, rindiéndole tributo a sus postulados que le sirvieron para ajustarlos a la teoría que él formuló como ‘instrumentalismo’⁶, consistente en dar centralidad al valor instrumental del conocimiento para la resolución de situaciones problemáticas reales en los que los individuos se ven envueltos. Es como lo explica Guillermo Ruiz en su escrito sobre La teoría de la experiencia de John Dewey:

Para Dewey la validez de una teoría debía ser determinada mediante un examen práctico de las consecuencias que surgen de su empleo. Por ende, las ideas generales y los conceptos son instrumentos para la reconstrucción de situaciones problemáticas. Las ideas sólo tienen importancia en la medida en que sirven de instrumentos para la resolución de problemas reales (Ruiz, 2013, p. 106).

Se trata de dar una aplicabilidad pragmática a los resultados que se pueden dar mediante la adecuación inteligente de las ideas en las relaciones o conexiones de las cosas y de las experiencias para utilizarlos como medios o instrumentos, para dirigir los cambios que se dan entre el comienzo y el fin de un proceso investigativo. Es la forma de este autor en tomar el instrumentalismo como

⁶ Ver también Catalán, M, (2001). Una presentación de John Dewey. p. 129.

la manera inteligente de utilizar los instrumentos, herramientas, recursos o destrezas, puestos en un proceso especialmente de índole investigativo. Al respecto nos dice:

La función de la ciencia es la de descubrir aquellas propiedades y relaciones de las cosas en virtud de las cuales son estas susceptibles de ser usadas como instrumentalidades; la ciencia física no pretende descubrir la íntima naturaleza de las cosas, sino tan sólo aquellas conexiones entre estas que producen resultados y, por ende, pueden usarse como medios (Dewey, 1925, pref. XIV).

Dewey toma el instrumentalismo y lo ubica entre el comienzo y el fin de un proceso de investigación para detectar las conexiones entre las cosas y las experiencias y ver los resultados que allí se puedan dar. En este sentido el instrumentalismo se determina como instrumento metodológico⁷ en tanto que la recolección de información es parte de un proceso complejo, dinámico, interactivo y flexible, que se da a lo largo de la actividad investigativa, resultante de múltiples espacios de reflexión y preparación por parte del investigador, quien debe tomar decisiones respecto a la selección de las estrategias, herramientas e instrumentos a emplear, en función de su actitud y de sus necesidades en cuanto al modo de manipular dicho proceso.

Es así como expone un continuo de la experiencia, como alternativa a las concepciones racionalistas y trascendentales del hombre. Para Dewey la validez del conocimiento debe estar determinado por un examen práctico de las consecuencias que surgen de su empleo. Las ideas y los conceptos son instrumentos que en su recta adecuación sirven para la reformulación de situaciones problemáticas, tienen importancia en la medida que sirven de instrumentos para la resolución de problemas reales. Con todo este conglomerado de elementos importantes adquiridos de sus antecesores y con su gran capacidad epistémica dentro de la conversión al instrumentalismo, es como Dewey empieza a desglosar su proyecto filosófico y pedagógico.

⁷ Se define por instrumento, toda situación o recurso que permite la expresión del otro dentro del contexto de relación que caracteriza la investigación. También es considerado, como una herramienta interactiva, generadora de resultados, capaces de reflejar directamente la naturaleza de lo estudiado independientemente del investigador (Revista Internacional de Investigación y Formación Educativa. Enero de 2019).

1.2. Concepción deweyana de experiencia y educación

Dewey implanta un concepto de la educación con un carácter procesual porque insiste en el valor que atribuye a la experiencia, situándola como punto de partida del conocimiento. La concepción, significación y sentido de la experiencia, lo mismo que de la educación se puede abstraer principalmente de las lecturas de sus obras: *Experiencia y educación*, *La naturaleza y la experiencia*, *Democracia y educación*, *La ciencia de la educación*, *Mi credo pedagógico*, entre otras. En el transcurso de la historia de la filosofía se han venido dando diferentes acepciones sobre la experiencia; y Dewey se afianza un tanto en ellas, especialmente en las concepciones clásicas de Platón y Aristóteles:

En cuanto formulación consciente, la historia nos hace retroceder hasta las concepciones de la experiencia y la razón formuladas por Platón y Aristóteles. Por mucho que estos pensadores difieran en muchos aspectos, coincidieron en identificar la experiencia con los intereses puramente prácticos; y, por tanto, con los intereses materiales en cuanto a sus propósitos y con el cuerpo en cuanto a su órgano (Dewey, 1916, p. 223).

Reconoce la capacidad de los filósofos griegos para comprender la naturaleza de la experiencia desde una perspectiva social que señala el modo en que ésta se desarrolla y se transmite por medio del hábito y la costumbre reflejando una leve interacción entre conocimiento y acción.

Dewey retoma, también, la experiencia en la filosofía empirista, en cuanto ésta comienza a adquirir un significado más positivo, pues se estimula al individuo en su capacidad de examinar la validez de todo tipo de conocimiento sobre la realidad a través del contacto directo con la naturaleza y sus relaciones, pues los órganos de los sentidos son privilegiados dentro del ejercicio de conocimiento de la realidad. Para Dewey, el empirismo británico, como corriente filosófica es importante y significativa, en cuanto reafirma al ser humano en su proceso de enriquecimiento epistémico, dándole una ubicación positiva y adecuada en la sociedad. Dewey destaca la idea empirista según la cual es la experiencia, la que debe imperar en toda reafirmación de conocimiento. También pisa el terreno afianzado por el idealismo alemán, retomando a Kant quien admite que la experiencia constituye el punto de partida del conocimiento pero que éste no procede

de ella, no es posible conocer nada que no se halle dentro de la experiencia. Los idealistas alemanes influenciados por Kant trataron el tema considerando que el papel de la filosofía se sustenta en dar razón o fundamento de toda experiencia (Dewey, 1916, p. 89). La emblemática figura de Hegel se muestra muy influyente en la conformación del pensamiento experiencial de Dewey, así lo aclara en su obra *Del absolutismo al experimentalismo* argumentando que la idea hegeliana de síntesis fue fundamental para rechazar las concepciones sobre la realidad determinadas por mecanismos dualistas, cerrados, alienantes y de orden racional:

La síntesis hegeliana de sujeto y objeto, materia y espíritu, lo divino y lo humano, no fue, sin embargo, una mera fórmula intelectual; operó como un inmenso desahogo, como una liberación. El tratamiento hegeliano de la cultura humana, de las instituciones y las artes, incluía la disolución misma de rígidas paredes divisorias y tenía una especial atracción para mí. (Dewey, 1991, p. 7).

Dewey nunca negó ni ignoró el gran legado hegeliano que le sirvió para enriquecer y fortalecer su teoría.

De esta manera Dewey va destilando su propio concepto de *experiencia* dentro del análisis y crítica a los distintos legados de la filosofía, en las diferentes concepciones tradicionales, haciendo pesquisa de los aspectos comunes que se identifican en las diferentes definiciones sobre la naturaleza de la experiencia en relación con el conocimiento, según el autor, escuela o corriente filosófica que ha tomado como punto de reflexión este concepto.

El segundo concepto para dilucidar acá es el de *educación*, el cual junto con el de *experiencia* se consolidan como los principales ejes conceptuales dentro del desarrollo filosófico y pedagógico de John Dewey. Por ello, se hace necesario dar una connotación especial en la búsqueda de una caracterización conceptual adecuada.

En el libro *Ciencia de la Educación*, Dewey coloca una definición que a mi parecer es la que más se ajusta a su pretensión propositiva dentro de su proyecto pedagógico en tanto se conjuga

con la ciencia, en la debida resolución de problemas, abriendo un panorama indefinido de enriquecimiento y amplitud epistémica:

La educación es por su naturaleza un círculo o espiral infinito. Es una actividad que incluye en sí a la ciencia. En su mismo proceso plantea más problemas a ser estudiados en lo sucesivo, que después reaccionan en el proceso educativo para cambiarlo aún más y así exige más pensamiento, más ciencia y así sucesivamente, en una sucesión eterna (Dewey, 1951, p.125).

En este sentido la educación se abre en un horizonte infinito de perspectivas, lo que implica excluir la noción de un programa educativo ya establecido, cerrado e inflexible para ajustarse en la intención de cobijar todas las formas posibles de la actividad humana, sin reducirse a ninguna de ellas, con miras a desarrollar un proceso de descubrimiento más amplio, que conduzca a nuevos hallazgos, a través de la investigación, cuya estrategia sea un constante interés y de ello obtener resultados novedosos y útiles. La reconstrucción de este concepto trasciende la manera de ver la educación como un mero cúmulo de conocimientos transmitidos verticalmente cerrando la amplitud de posibilidades. Por eso “La educación es el único medio que trata deliberada e intencionalmente de la solución práctica de las relaciones básicas del individuo y de la sociedad” (Dewey, 1951, p. 123). Es un proceso holístico que favorece al individuo en su formación y desarrollo dentro de un panorama abierto, continuo, sujeto a revisión, iluminado siempre por la experiencia individual y social.

Por otra, parte no se puede comprender la significación deweyana de la educación desligada de la experiencia por lo que va a ser el temple y fundamento de su proyecto pedagógico, que permeó las condiciones y dinámicas educativas no sólo de su país, sino de casi todo el mundo, en su tiempo, y para la posteridad. La postura crítica a la educación tradicional delineada en función mecánica de transmisión y recepción de conocimientos haciéndolos memorísticos y repetitivos, de poca reflexión y nulidad en expectativas, despertó en Dewey el interés por replantear las condiciones de esos sistemas. Estos sistemas tradicionales fueron calificados como obsoletos, para darles nuevos ingredientes innovadores de amplitud reflexiva, de enriquecimiento cognitivo y ético, recuperando aspectos que no se habían tenido en cuenta y que circundan al

individuo en su formación como ser individual y social. Ese interés lo lleva a redefinir la pedagogía mediante la relación de conexión, interacción y continuidad de los conceptos experiencia y educación, principal soporte dentro de la dinámica innovadora de su esquema educativo.

Este tratamiento lo muestra principalmente en su escrito de 1938, titulado *Experiencia y Educación*, donde sistematiza la caracterización que quiere dar a estos conceptos en su relación de integridad y continuidad: “El problema central de una educación basada en la experiencia es seleccionar aquel género de experiencias presentes que vivan fructífera y creadoramente en las experiencias subsiguientes” (Dewey, 1938, p. 25). Lo dice así porque también hay un género de experiencias que él llama anti educativas cuando “tiene por efecto detener o perturbar el desarrollo de ulteriores experiencias {...} Entonces se restringen las posibilidades de tener una experiencia más rica en el futuro” (Ibid. p. 22). A la manera de Dewey, una experiencia dada puede aumentar la habilidad de una persona en un aspecto determinado y producir ‘embotamiento’; hay experiencias que pueden ser interesantes, vivaces pero desconectadas entre sí, por lo que puede generar la formación de hábitos poco reflexivos que impedirían enriquecer las experiencias futuras.

Para este pensador, la educación debe tener como fin aumentar la capacidad vital del educando; por eso hay que tener cierto cuidado en que las experiencias se lleven por buen camino, se entrelacen de tal manera que produzcan, entre la una y la subsiguiente los efectos positivos de conexión, interacción y continuidad, enriqueciendo su cualidad en conocimiento, reflexión y explicación. Esto lo argumenta también en su obra publicada en 1916, *Democracia y Educación*, cuando reafirma que la educación: “es aquella reconstrucción o reorganización de la experiencia que da sentido a la experiencia y que aumenta la capacidad para dirigir el curso de la experiencia subsiguiente” (Dewey, 1916, p. 74). Dewey apunta hacia una educación basada en la experiencia, la cual supone formular una nueva filosofía de la educación que parta, a su vez, de una reformulación de la experiencia. Es decir, de una reconstrucción del concepto de experiencia bajo aspectos de discernimiento que se patenten en una propuesta pedagógica innovada de carácter orientador y articulador. Con la premisa de que ‘educar es mejorar la sociedad’, Dewey, en su carácter pragmático, busca una renovación adecuada, con nuevas estrategias, que responda integral y efectivamente a la resolución de problemas del individuo y de la sociedad:

Nuestra conclusión precisa es que la vida es desarrollo y que el desarrollo, el crecimiento, es vida. Traducido a sus equivalentes educativos, esto significa: 1) que el proceso educativo no tiene un fin más allá de sí mismo; él es su propio fin; 2) que el proceso educativo es un proceso de reorganización, reconstrucción y transformación continuas (Dewey, 1916, p. 53).

Es un nuevo camino de la educación dictaminado por estrategias y elementos innovadores, que se muestran como fundamentales dentro del proyecto de reforma educacional sustentada por la experiencia en su reformulación. Es así como se configura una nueva filosofía de la educación estructurada para dirigirla sobre un fundamento empírico y experiencial, lo que es peculiar en las disciplinas científicas y que ofrecen en el mundo actual organización y estructuración intelectual para obtener una mayor eficacia en el crecimiento humano y en la reforma social. En este sentido se aprecia la manera como Dewey se afianza en su propósito de formular una nueva filosofía de la educación cuyo designio se maneje inteligentemente bajo criterios de orden experiencial.

1.3. Inmadurez y madurez dentro del sistema de aprendizaje

La manera en que Dewey entiende el desarrollo evolutivo del individuo, tanto a nivel biológico como educativo, lo hace valiéndose de los conceptos de ‘Inmadurez y madurez’ estableciendo que el ser humano nace carente de experiencia, y por tanto de conocimiento. Viene ignorante al mundo donde los primeros conocimientos no se apoyan más que en la fragilidad de los sentidos o en la autoridad de los sujetos maduros. Dewey lo hace explícito diciendo:

Cada uno de los elementos constitutivos de un grupo social, tanto en una ciudad moderna como en una tribu salvaje, nace inmaduro, indefenso, sin lenguaje, creencias, ideas ni normas sociales. Cada individuo, cada unidad de portadores de la experiencia vital de su grupo desaparece con el tiempo. Y sin embargo, la vida del grupo continúa” (Dewey, 1916, p. 14).

El inicio de la vida de cada ser se inscribe dentro de un proceso evolutivo de modelación, adaptación y aprendizaje en un orden cíclico ascendente:

El individuo se desarrolla, pero su desarrollo adecuado consiste en repetir en etapas ordenadas la evolución pasada de la vida animal y de la historia humana. La primera recapitulación ocurre fisiológicamente, la última debe realizarse por medio de la educación. La alegada verdad biológica de que el individuo en su crecimiento desde el simple embrión a la madurez repite la historia de la evolución de la vida animal en el progreso desde lo más simple a lo más complejo (Dewey, 1916, p. 70).

La influencia de la teoría evolucionista de Darwin cumple su papel en Dewey. La sociedad existe mediante un proceso de evolución biológica, en condiciones de adaptabilidad y acondicionamiento natural y mediante la dinámica progresiva de transmisión y recepción de conocimientos. Esta dinámica se realiza por medio de la comunicación de hábitos de la experiencia de vida, de los más viejos a los más jóvenes.

Los seres recién nacidos no sólo desconocen, sino que son completamente indiferentes respecto a los fines y hábitos del grupo social, que ha de hacérselos conocer e inspirarles interés activo hacia ellos. La educación, y sólo la educación, llena este vacío” (Dewey, 1916, p. 15).

El ejercicio educativo reside en despertar en ellos el interés suficiente por adentrarse en un proceso ascendente de adquisición de conocimientos. La sociedad existe mediante un proceso de transición de valores y conocimientos de los más viejos a los más jóvenes. La transmisión de todo conocimiento asequible al espíritu humano, valores y normas es la que mantiene la prevalencia de la vida de una cultura o de una sociedad ante la eminente pérdida biológica de miembros más versados. La biología ha demostrado que la verdadera naturaleza de la vida consiste en luchar por continuar siendo. Esta continuidad se asegura por la renovación del grupo social mediante la transmisión de ideas, valores y costumbres de un grupo social o de una cultura. Así, la sociedad perpetúa su existencia gracias al

ejercicio educativo de transferencia y comunicación de valores, virtudes y contenidos epistémicos (Dewey, 1916, pp. 14 y 15).

La importancia de la educación radica, pues, en que a través de ella la sociedad se estabiliza determinando su propio futuro. La dirección y formación de los miembros más jóvenes de la sociedad es una necesidad. Se intenta educar a los niños bajo la idea de que son seres inmaduros que, como tales, se definen por su potencialidad y capacidad para desarrollarse y llegar a ser miembros efectivos de la sociedad en la que viven. En este sentido, la infancia se considera como un estado previo a la edad adulta careciendo de ciertas herramientas, habilidades y destrezas indispensables para su madurez plena. Sin embargo, Dewey reconoce que la infancia es una etapa donde se pueden detectar elementos positivos y constructivos para sacarles buen provecho, destacando el juego de la interdependencia y el gran potencial en adquirir la capacidad para aprender de la experiencia, dando importancia a esos elementos significativos en el desarrollo educacional de un individuo presentes en la fase de inmadurez. En esta línea de pensamiento Dewey resalta que la educación puede entenderse como,

La adquisición de aquellos hábitos que efectúan un ajuste del individuo y su ambiente. La definición expresa una fase esencial del crecimiento. Pero es esencial que el ajuste se comprenda en su sentido activo de control de medios para la consecución de fines (Dewey, 1916, p. 50).

Se hace evidente que la importancia de enseñar y aprender es, entonces, perentoria para la existencia continua de la sociedad. Según Dewey, la educación consiste básicamente en la transmisión de hábitos de pensar, hacer y sentir de los más viejos a los más jóvenes. Estas consideraciones se aprecian por la disparidad entre la madurez de los miembros adultos, quienes poseen esa gran gama de conocimientos propios del grupo, y la inmadurez de los nuevos miembros que, a su vez, se muestran en potencialidad de asegurar la futura convivencia de la sociedad. El ser humano inmaduro tiene una fuerte dependencia en la adaptabilidad dentro del entorno natural, tanto así, que no es capaz de ejercer por su propia cuenta las destrezas y habilidades más rudimentarias para el desarrollo de su existencia física, sino sólo mediante la asistencia de los miembros maduros del grupo social:

El hijo de los seres humanos tiene tan poca destreza originariamente, en comparación con los hijos de muchos de los animales inferiores, que hasta las habilidades necesitadas para el sustento físico han de ser adquiridas bajo tutela. ¡Cuánto más no ocurrirá, pues, en este caso respecto a todas las adquisiciones tecnológicas, artísticas, científicas y morales de la humanidad! (Dewey, 1916, p. 15).

Al parecer el proceso biológico de adaptabilidad favorece más a los animales, por lo menos responden más aceleradamente en agilidad y destreza para habituarse a las condiciones de vida natural que se le presentan desde el mismo momento que caen a este mundo. En el hombre este proceso biológico de adaptabilidad es más lento y es por lo que Dewey, más adelante, al explicitar el aprendizaje experiencial, lo determina como adiestramiento pues se da de manera ‘inconsciente e ininteligente’ (p. 28), por carecer de la experiencia educativa que es la que da sentido y significado al proceso evolutivo de los seres vivos. En este punto de reflexión, Dewey olvida marcar esa distinción dando a entender que los animales aventajan a los humanos en todos los sentidos.

La edad infantil se caracteriza por expresar actitudes de curiosidad, por la incertidumbre frente a todo aquello que le rodea, que le es desconocido, que se le aparece como novedoso y atractivo, despertando un interés especial por inspeccionar, por conocer. Es la apertura a la iniciación de la instrucción, cuyo valor pedagógico está en examinar estos aspectos entendidos desde una perspectiva que comprenda a la educación no como una forma para suplir la falta de madurez, mediante la transmisión mecánica de conceptos y contenidos que esperan suplir estas carencias de orden mental y moral, sino entenderla en su rol de desenvolvimiento, crecimiento y desarrollo, cumpliendo en esencia con el propósito de enriquecimiento: “Existiendo ya en alguna forma bruta, todo lo que hay que hacer es ejercitarlos en repeticiones constantes y graduadas, y así serán inevitablemente refinados y perfeccionados” (Dewey, 1916, p. 61).

Así las condiciones manifiestas de los niños son potencialidades que bien pueden efectuarse en desarrollo y crecimiento, dependiendo del nivel de orientación que se les brinde; pues “no hay prisa por quemar la infancia ni por llenarla de preceptos. Por el contrario, la edad

infantil es ya un tiempo con sentido y totalmente imprescindible para alcanzar una óptima madurez” (Trilla, 2001, p.153). En ese sentido la educación es considerada por Dewey como “la empresa de proporcionar las condiciones que aseguran el crecimiento o la educación de la vida” (Dewey, 1916, p. 54). De ahí que el criterio para juzgar el valor de la educación en la escuela depende en si despierta un verdadero interés de crecimiento continuado, proporcionando los medios para hacer efectivo ese interés. El fin último de la educación descansa en la idea básica de aprender a moldearse a las nuevas circunstancias.

En este sentido, la escuela debe propender por cultivar en los estudiantes hábitos y condiciones que favorezcan el proceso continuo de reorganización, transformación y reconstrucción de la experiencia en virtud de las diferentes circunstancias que la vida va presentando. Frente a estos planteamientos Dewey entiende la educación como un continuo crecimiento y enriquecimiento de la cualidad de la experiencia, por lo que subraya que su fin no es nada externo ni se refiere a nada más allá de si misma “Un fin denota el resultado de todo proceso natural traído a la conciencia y convertido en un factor para determinar la observación presente y la elección de los modos de actuar. Significa que una actividad ha llegado a ser inteligente” (Dewey,1916, p. 100). En este sentido, cada una de las etapas de la vida humana, como la infancia, tiene que juzgarse y valorarse por lo que en ellos se aprende, si se entiende que el fin inmediato del proceso de crecimiento no es otro que la transformación misma de la cualidad de la experiencia. En consecuencia el fin de la educación, a la manera deweyana en sentido de transmisión del adulto maduro al niño o joven inmaduro, no es otro que el enriquecimiento del significado y del sentido de la vida del individuo y de la sociedad, tal como él expone:

Esto equivale a decir que, mientras toda organización social tiene un efecto educativo, este efecto llega a ser una parte importante del propósito de la asociación en conexión con la asociación de los más viejos con los más jóvenes. A medida que las sociedades se hacen más complejas en su estructura y recursos, aumenta la necesidad de la enseñanza y el aprendizaje sistemático o Intencional (Dewey, 1916, p. 20).

Dewey identifica la educación con el proceso mismo de la vida y del desarrollo describiéndola como una reconstrucción ininterrumpida de las experiencias o como el

enriquecimiento progresivo del contenido y significado que tienen en cuanto se dan de manera sucesiva. Nos dice que la educación toma un camino ascendente mediante las experiencias, gracias a ellas y para perfeccionamiento de ellas (Cadrecha, 1990, pp. 71s). Es la dinámica que se debe dar en el proceso de enseñanza y aprendizaje entre el ser maduro y el inmaduro. Por ello, todo individuo y toda forma de agrupación humana padece la contribución que hace el perfeccionamiento de la cualidad de la experiencia, es un hecho que se reconoce más fácilmente al tratar con los seres inmaduros. Esto equivale a decir que mientras toda agrupación social organizada tiene un efecto educativo, este efecto llega a ser parte importante del propósito de la sociedad en relación con la interacción de los más viejos con los más jóvenes.

Las reproducciones de las experiencias que transfieren las personas maduras a los niños o jóvenes, calificados en un nivel de aprendizaje experiencial inmaduro, deben tener un aporte positivo de enriquecimiento educativo en valores, en conocimientos y en amplitud de significación que se traduzca favorablemente dentro del contexto individual, familiar y social. Por eso, “La actitud más importante que se puede formar es la de seguir aprendiendo. Si se debilita el ímpetu en esta dirección, en vez de intensificarlo, se sufre mucho más que la mera falta de preparación” (Dewey, 1938, p. 53). El propósito en esta dinámica de aprendizaje es mantener el entusiasmo y el interés tanto en el joven como en el adulto para que el proceso de instrucción tenga sus efectos positivos, sin que se marque la diferencia en rigor del que más sabe ante el silencio del que escucha, sino que debe haber una corresponsabilidad participativa para mantener la eficiencia en continuidad y progreso del aprendizaje experiencial, tanto en el nivel epistemológico como en el nivel cultural.

1.4. Teoría inteligente de la educación

Continuando con el análisis reflexivo sobre los planteamientos del autor, en dirección a la reconstrucción de la educación se observa que el fundamento de la Teoría de la educación se encuentra en el pragmatismo americano, teniendo como principal representante a Dewey. La significación de la educación se estima en considerar que el sentido práctico se eleve sobre lo especulativo. Este punto de disertación abre el camino hacia la formulación de una teoría que se

complemente con la práctica para que el saber sea auténtico. Es el fundamento filosófico que Dewey le da a su constructo educativo experiencial, para configurar una sistematización fructífera y enriquecedora, que en sí, va a influenciar en gran medida el carácter de las propuestas futuras en estructura, innovación y ejercicio. Es por lo que para Dewey la educación se posiciona como sustento regulador que direcciona y conserva los niveles de conexión en profundidad, amplitud y significado:

La finalidad no significa, sin embargo, que la experiencia se acabe y se agote, sino la disposición para penetrar en niveles más profundos de significación, es decir, para ir bajo la superficie y descubrir las conexiones de todo suceso u objeto y para conservarlos. De igual manera, la actitud filosófica es general en el sentido de que es opuesta a tomar nada aisladamente; trata de colocar un acto en su contexto, que es lo que constituye su significado (Dewey, 1916, p. 273).

En general, la educación no debe tener propósitos trascendentales, se debe acondicionar dentro de la vivencia cotidiana del presente de suerte que la vida sea más fructífera y enriquecedora. En esta misma línea de análisis y reflexión, se hace necesario centrar más la atención en lo que bien se podría llamar la teoría general sobre la experiencia educativa de John Dewey: “He dicho que los planes y proyectos educativos que consideran a la educación en forma vida-experiencia, están por ello obligados a estructurar y adoptar una teoría inteligente, o si se prefiere, una filosofía de la experiencia” (Dewey, 1938, p. 57).

Dewey expone en detalle los aspectos que deben caracterizar una experiencia educativa realmente valiosa y útil para el individuo y para la sociedad. En este contexto surge la educación, entendida en un sentido general, como el medio por excelencia que garantiza la continuidad y el progreso de la vida humana; es por lo que antecede un fundamento que da uniformidad y sentido a sus planteamientos pedagógicos. Al respecto nos manifiesta: “Si estamos dispuestos a concebir la educación como el proceso de formar disposiciones fundamentales, intelectuales y emocionales respecto a la naturaleza y los hombres, la filosofía puede, incluso, definirse como la teoría general de la educación” (Dewey, 1916, p. 275). Dado que la educación es el proceso de crecimiento y formación del hombre juntamente con la asimilación y enriquecimiento de experiencias que

preparan para la vida humana y social, se entiende que la filosofía de la educación entrelaza las leyes, las situaciones, los fenómenos del mundo, del hombre y de la sociedad en relación con el proceso de formación humana. Este autor tiene un interés particular por replantear la educación, reconstruyendo elementos importantes del proceso de formación del ser humano como las experiencias de los individuos, que una a una va mejorando el panorama de formación y crecimiento, hasta repercutir positivamente en todos los aspectos de la vida tanto individual como social.

Es así como Dewey, en *Mi Credo Pedagógico* (1897), promociona la noción de interacción social, aprendizaje en comunidad y aprendizaje experiencial como estrategias de enseñanza en el sistema moderno de educación. El progreso no está en la sucesión de los estudios, sino en el desarrollo de nuevas actitudes e intereses enfocados hacia la exploración, el fomento de las capacidades y la reconstrucción social. Al respecto afirma:

Creo que: Toda educación procede por la participación del individuo en la conciencia social de la raza. Este proceso comienza inconscientemente casi desde el nacimiento, y está continuamente formando las capacidades del individuo, saturando su conciencia, formando sus hábitos, educando sus ideas y despertando sus sentimientos y emociones (Dewey 1897, p. 1).

Más adelante sigue afirmando:

Creo que, la educación es el método fundamental de progreso y reforma social. [...] Creo que la educación es la regulación del proceso de llegar a compartir en la conciencia social; y que la adaptación de la actividad individual, sobre la base de esta conciencia social es el único método seguro de reconstrucción social (Dewey, 1897, p. 7).

Deben prevalecer los intereses, propósitos, destrezas, conocimientos y prácticas que van adquiriendo los individuos de manera gradual y que, a la postre, constituyen en conjunto los rasgos característicos de la vida del grupo social. Así, la transmisión de toda esa gama de conocimientos, costumbres e ideales es determinante para el mejoramiento y depuración de la vida social:

Desde hace tiempo, los hombres han tenido alguna sospecha de la medida en que la educación puede emplearse conscientemente para eliminar los males sociales encauzando a la juventud por caminos que no produzcan esos males y han tenido siempre alguna idea de la medida en que la educación puede convertirse en un instrumento para realizar las mejores esperanzas de los hombres. Pero nos hallamos indudablemente lejos de comprender la eficacia potencial de la educación como un procedimiento constructivo para mejorar la sociedad y de comprender que aquella representa no solo un desarrollo de niños y jóvenes, sino también de la sociedad futura de la que serán elementos constitutivos (Dewey, 1916. p. 75).

El espíritu pedagógico moderno de Dewey apunta a una reconstrucción social y explora una filosofía en el que exige despejar el terreno de los males perjudiciales en la sociedad que se muestran como obstáculos en la edificación de principios, criterios y valores que son de benevolencia dentro de la dinámica experiencial de formación integral y continua de destrezas y habilidades de los individuos, cuyo propósito es fortalecer y enriquecer las condiciones sociales, epistémicas y éticas de las personas. “Si estamos dispuestos a concebir la educación como el proceso de formar disposiciones fundamentales, intelectuales y emocionales respecto a la naturaleza y los hombres, la filosofía puede, incluso, definirse como la teoría general de la educación” (Dewey 1916, p. 275). En este sentido la educación como crecimiento, desarrollo o proceso de madurez, requiere de una interacción continua entre el individuo y su entorno. “La experiencia es el resultado, la señal y la recompensa de esa interacción del organismo y el entorno, la cual, cuando es llevada a su pleno esplendor, es una transformación de la interacción en participación y en comunicación” (Dewey, 2005, p.22).

La idea de crecimiento en toda reflexión pedagógica se muestra como un cambio importante. En efecto, Dewey entiende la educación como un desarrollo continuo a nivel biológico, intelectual y ético de los individuos. En este sentido, los contenidos y modelos educativos deben propender por mantener e incentivar ese desarrollo vital, integral y continuo de los individuos hacia nuevas perspectivas. Así, el reconocimiento de la importancia de la experiencia y su valor pedagógico vislumbra una connotación especial en tanto la improbabilidad

en legitimizar una teoría, dada en la educación tradicional, que sustente un régimen de formación mecánico, de memorización y estrictas normas de verticalidad, es lo que motiva a este filósofo a poner en ejercicio estrategias en favor de direccionar y reestructurar la educación bajo principios experienciales de integralidad, flexibilidad y creatividad que incentiven al individuo el deseo de superación y aprendizaje:

Como la educación es el proceso mediante el cual puede reabrirse la transformación necesitada y no seguir siendo una mera hipótesis respecto a lo que es deseable, alcanzamos una justificación de la afirmación de que la filosofía es la teoría de la educación como una práctica deliberadamente dirigida (Dewey, 1916, p. 329).

La evolución de Dewey al transferir su pensamiento pedagógico soportado en una filosofía reguladora conlleva a organizar los cambios evolutivos que se dan en una realidad de conexión experiencial, que fomente el saber con miras a ampliarlo, a completarlo y a conducirlo, de modo que se traduzca en un eficaz instrumento de enriquecimiento individual y social; y en ello se constituye la verdadera educación sin dejar de agregar que:

Lo que queremos y necesitamos es una educación pura y simple, y realizaremos progresos más seguros y rápidos cuando nos dediquemos a descubrir justamente lo que es la educación y las condiciones que se han de cumplir para que la educación pueda ser una realidad y no un nombre o un grito de combate. Por esta razón solamente he acentuado la necesidad de una sana filosofía de la experiencia (Dewey, 1938, p. 113).

En el propósito que anima esta primera parte, se advierte que los planteamientos pedagógicos de Dewey están revestidos de una teoría inteligente que regula los principios y las condiciones manteniendo ajustadamente el sendero a seguir dentro de la dinámica de relación y reconstrucción de conceptos, que contribuyen al mejoramiento del proceso de enseñanza y aprendizaje de los individuos. Es un encadenamiento experiencial de ideas, conocimientos y valores que se traduce en beneficio de una sociedad que llega a ser enriquecida y fructífera en perspectiva de acercamiento al ideal de convivencia. Vale decir también que la teoría de la educación abre un horizonte de nuevas perspectivas tendientes a integrar de manera dinámica al

individuo con su entorno, favoreciendo eficazmente la relación entre la comunidad, la familia y el centro educacional. Por tanto es importante comprender que la educación debe apuntar hacia la formación de seres humanos íntegros que desarrollen en sí mismos su carácter social, consistente en establecer condiciones de vida favorables que incentiven la aplicabilidad de valores y buenos hábitos de acción.

Habría que analizar hasta qué punto se puede validar la teoría educativa de Dewey en nuestro contexto, de la manera como se viene desglosando, teniendo en cuenta que las circunstancias actuales, caso especial de Colombia, no se dan en un terreno favorable. Nuestro sistema educativo presenta fragilidades en muchos aspectos que no dejan de preocupar a la sociedad en general. Se necesita de una profunda reflexión para detectar las anomalías y así, de manera consciente y responsable, replantear las categorías que hacen una educación sostenible. Mirar los planteamientos de Dewey al respecto sería de gran ayuda en la implantación de un esquema educativo depurado y renovado, que atienda resolutivamente a la problemática que presenta el manejo de nuestro esquema educativo en el contexto actual.

2. VALOR EDUCATIVO Y SOCIAL DE LA EXPERIENCIA REFLEXIVA

La experiencia representa una noción primordial para dar sustento a la pedagogía de John Dewey, quien explica la manera de reorganizarla dentro de su concepción instrumental consistente en ordenar las ideas mediante el movimiento del pensamiento, y así llegar a la adquisición del conocimiento (Dewey, 1938, p. 25). Es así como Dewey configura la experiencia en su más alto nivel de crecimiento, amplitud y enriquecimiento, traducida por la operación reflexiva proveniente del ejercicio del pensamiento, para darle un manejo especial a la dinámica educativa fundamentada en la transmisión continua de conocimientos y valores que se debe dar en los individuos de manera satisfactoria, a través de la reconstrucción y adecuación de conceptos que se ajustan con sentido y significado en su entorno natural y social.

Esto hace referencia a la capacidad del ser humano para indagar y asimilar lo que acontece a su alrededor. Hacer uso de los conceptos representa la capacidad de buscar y examinar, es la pauta para generar un pensamiento reflexivo, el cual lo considera como:

función principal de la inteligencia y en su poder supremo para que la lucha humana por la supervivencia desemboque en el triunfo de la innovación, del cambio y del progreso y en la derrota del statu quo. Pensar, al fin, o lo es sobre un cambio socialmente progresivo o no lo es (Dewey, 1989, p. 17).

Pero el interés en este trabajo se centra en seguir las pautas que este autor señala para comprender mejor su proyecto educativo, a través de la interpretación adecuada que se le debe dar a su propuesta, respecto a la adopción de principios y a la reconstrucción de nuevos conceptos principalmente a nivel epistemológico, para hacer de la experiencia en su cualidad una experiencia reflexiva, que se traduce como fundamento en el desarrollo educativo de los individuos, acentuando su capacidad potencial para la resolución de problemas y la conformación de un nuevo panorama de perspectivas y posibilidades que favorecen el entorno social.

2.1. Los principios de la experiencia educativa

Siguiendo los lineamientos de reflexión sobre la manera como Dewey va reconstruyendo su propuesta pedagógica, vemos cómo ofrece una caracterización peculiar a la experiencia para fundamentar una nueva teoría educativa que rechaza las viejas prácticas de instrucción, priorizando la vida experiencial como el mejor camino de aprendizaje y de formación. Es la manera de ir otorgando consistencia a su proyecto para que éste se haga más comprensible y explicativo. El retoma la dinámica de conexión, relación, aporte y crecimiento de la experiencia bajo unos principios esenciales que mejoran el proceso educativo y que se hacen necesarios para formular una teoría de la experiencia que pueda, como dice este autor, “dirigirse inteligentemente a la educación sobre la base de la experiencia es evidente que lo inmediato en el orden de esta discusión es presentar los principios más importantes para estructurar esta teoría” (Dewey, 1938, p. 31). Pero ¿cuáles son estos principios? Desde esta perspectiva, analizaremos el concepto de experiencia educativa construido sobre dos principios fundamentales, el principio de ‘continuidad’ y el principio de ‘interacción’, que a la postre serán dos elementos característicos en la reconstrucción que hace Dewey del concepto experiencia, pues le permitirán fortalecer y direccionar la comprensión en su valor de sentido y significación.

Dewey identifica estos dos principios en la medida que se hacen necesarios para mejorar el carácter propio de una teoría inteligente de la experiencia cuando dice: “He tratado de explicar la necesidad de tal teoría llamando la atención sobre dos principios que son fundamentales en la constitución de la experiencia: los principios de interacción y de continuidad” (Dewey, 1938, p. 57). Estos principios se potencian como directrices y en su actuar recíproco, van a cumplir su papel propositivo: “los principios de continuidad e interacción no se pueden separar uno de otro. Son, por decirlo así, los aspectos longitudinal y lateral de la experiencia” (Dewey, 1938, p. 47). Desde este punto de vista, los principios muestran su importancia al dar un carácter de fundamento para que la experiencia tenga un enriquecimiento cualitativo y que, a la vez, sea direccionado, contribuyendo a una mejor comprensión en significado y sentido. En esta línea de pensamiento, y para mayor comprensión, me parece importante rescatar lo que dice Guillermo Ruíz al respecto:

La experiencia también supone un esfuerzo por cambiar lo dado y en este sentido poseía una dimensión proyectiva, superando el presente inmediato. Está basada en conexiones o interacciones y continuidades, e implica de manera permanente procesos de reflexión e inferencia. Por ello para Dewey la experiencia y el pensamiento no constituyen términos opuestos ya que ambos se refuerzan mutuamente. El pensamiento y la razón constituían procedimientos intencionales para transformar un estado de indeterminación en uno armonioso y ordenado (Ruiz, 2013, p. 107).

Entre la experiencia como tal dada en la cotidianidad y el intelecto, obviamente que Dewey privilegia la primera subordinando al intelecto como fruto de la dinámica de conexión e interacción continuada de las experiencias; sin embargo, da cierta importancia al acto de la inteligencia en cuanto direcciona la cualidad de la experiencia⁸ mejorando el sentido. La intención de Dewey mediante la formulación de principios reguladores en el proceso reconstructivo de la experiencia conlleva a vislumbrar un camino de reforma educativa, en conocimiento y reflexión que permita a los individuos aumentar la capacidad de dar resolución a los desafíos y vicisitudes que va presentando el mundo en el que se vive y al que hay que enfrentar (Dewey, 1916, p. 219). Un mundo lleno de incertidumbres, en constante cambio señala la manera en identificar las condiciones de la experiencia en su dimensión activa, creativa y constructiva. La experiencia puede formar individuos con suficiente capacidad intelectual, moral y de juicio, que le permiten ampliar el horizonte en posibilidades de mejorar la formación de manera continua, integral y perenne; enriqueciendo cada vez más el sentido y significado de la vida humana, posibilitando la eficacia de las acciones, haciéndolas más profundas, significativas y productivas.

La convicción de Dewey en encontrar el verdadero sentido de la experiencia educativa que la haga comprensible está dictaminada por los principios que en su unión activa van a dar la medida de la significación y valor. En ese sentido lo fundamental está en dar control inteligente y organizado al proceso evolutivo de la experiencia para hacerla más significativa, manejable y que

⁸ Entiéndase ‘cualidad de la experiencia’ como la parte esencial que permanece en continuidad a través de la conexión entre experiencias y que sufre las modificaciones significativas.

se configure en vivencias agradables en el presente y en efectos positivos en el futuro. En palabras de Dewey:

El efecto de una experiencia no se limita a su apariencia. Ello plantea un problema al educador. La misión de este es preparar aquel género de experiencias, no repeliendo al alumno sino más bien incitando su actividad, sean sin embargo más que agradables inmediatamente y provoquen experiencias futuras deseables” (Dewey, 1938, p. 25).

Para Dewey la experiencia no es simplemente aquello que vivimos sino también la actitud que tomamos frente a ello. Es “la posibilidad de administrar con inteligencia los elementos que se dan de acción y pasión” (Dewey, 1925, p. 24). Hace referencia a la totalidad de las relaciones del individuo con el mundo, aparece como una relación entre el ser vivo, su entorno físico y su entorno social en tanto es simultáneamente una acción o un hacer sobre el mundo y un padecer o sufrir sus consecuencias, es decir, actividad y pasividad a la vez. Se da una interdependencia de acción de efecto positivo entre el individuo y su entorno. Así lo explicita Javier Sáenz en la introducción que hace al texto *Experiencia y Educación* de John Dewey diciendo que la experiencia:

Tiene un aspecto pasivo y otro activo, puesto que es simultáneamente una acción, esto es un ensayo sobre el mundo; y es algo que le sucede al individuo: El individuo actúa sobre el mundo y éste a su vez actúa sobre el individuo. Pero la experiencia no sólo transforma al mundo y al individuo, también transforma la experiencia pasada y la futura: constituye una reconstrucción de la experiencia pasada y modifica la cualidad de las experiencias posteriores. Por tanto, la experiencia, más que un evento aislado, sería una relación -un momento dentro de la cualidad característica de la vida- entre el presente y el futuro, y una transacción entre el Yo y el medio, a través de la cual ambos se transforman (Dewey, 1938, como se citó en Sáenz, 2008, p. 37).

Resulta interesante ver esta dinámica implícita en el que no sólo se tiene una vivencia, sino que, al mismo tiempo, produce un efecto y es por lo que explica el aprendizaje experiencial donde involucra una práctica real que a la vez es significativa. Para que esta relación de vivencia y significado tenga efecto positivo en ganancia de sentido debe adherirse los principios de

continuidad e interacción. Así, la experiencia puede entenderse como una relación o una conexión entre el individuo, el medio circundante y la sociedad (Dewey, 1938, p 60). Esta característica básica, de que toda experiencia vivida modifica al que la experimenta, afecta según Dewey la cualidad de las experiencias siguientes; y en esto es por lo que se infiere el principio de continuidad experiencial. Dewey señala muchos ejemplos con el fin de enseñar la manera como se va dando el proceso de afectación experiencial. En primera instancia se da como un adiestramiento en cuanto la modificación de las experiencias carece de sentido, lo que lleva a actuar de manera ciega, inconsciente e ininteligente (Dewey, 1916, p. 22ss). En segunda instancia el proceso se da como educativo ya que la modificación experiencial está dotada de sentido y significado, llevando a actuar consciente e inteligentemente (Dewey, 1916, p. 74). Este proceso de modificación experiencial se realiza mediante una dinámica natural del esquema mental de los individuos donde “el cerebro es esencialmente un órgano para efectuar el ajuste recíproco de cada uno de los estímulos recibidos del ambiente y de las respuestas dirigidas a él. {...} el cerebro es el mecanismo destinado a una constante reorganización de la actividad para mantener su continuidad; es decir, para hacer aquellas modificaciones en la acción futura que se requiere por lo ya hecho” (Dewey, 1916, p. 281). De esta manera se establece un vínculo de continuidad en tanto una modificación prepara el camino para posteriores modificaciones de sentido y significado que se dan en la cualidad experiencial. Con el fin de ampliar la comprensión a este respecto, traigo a colación un texto de J, Trilla que dice:

En este marco, el comportamiento es considerado como una resultante de las representaciones mentales, es decir, son las estructuras mentales, por su carácter predictivo, las que orientan la acción del sujeto sobre su medio. Pero es sólo a partir de esta acción, a través de la cual los esquemas mentales entran en interacción con el ambiente modificándose mutuamente, que se elaboran los nuevos significados. En este marco, el desarrollo cognitivo progresa a partir de procesos de reestructuración de los esquemas o sistemas cognitivos previos. Tanto las funciones psíquicas como los conocimientos se diversifican y especializan a partir de estas reestructuraciones (Trilla, 2007, p 181).

La influencia de la teoría de la evolución permite también fundamentar la idea de la continuidad y la interacción experiencial establecida por Dewey. Las adaptaciones realizadas por

los organismos inferiores se dan de manera continuada en interacción con el medio mejorando la cualidad experiencial de adaptación y optimización evolutiva hasta alcanzar la forma de vida racional (Dewey, 1938, Pról., p. 16). En la evolución biológica de las especies la criatura viva hace parte del mundo y participa activamente de él⁹. Esta forma de adaptabilidad y evolución no sólo se da simultáneamente en los seres vivos, sino que también se da en los seres humanos de manera prospectiva, es decir, estas condiciones de adaptabilidad y evolución adquieren un nivel teleológico.

Podemos entonces definir el principio de continuidad de manera explícita en los siguientes términos: “toda experiencia emprendida y sufrida modifica al que la actúa y la sufre, afectando esta modificación, lo deseemos o no, a la cualidad de las experiencias siguientes” (Dewey, 1938, p. 34). El principio de continuidad hace referencia al hecho de que toda experiencia recoge algo de la que ha pasado antes y modifica en algún modo la cualidad de la que viene después. Sin embargo este principio, así definido, no establece ningún tipo de diferenciación entre el tipo de experiencias que son educativas y las que se dan como adiestramiento; se evidencia que en el género humano las experiencias educativas están impregnadas consciente e inteligentemente de sentido y significación, contribuyendo a un desarrollo continuado que “responde al criterio de la educación como crecimiento, pues esta idea es una concepción que debe encontrar aplicación universal y no una especializada y limitada” (Dewey 1938, p. 80). En toda experiencia se da la continuidad como principio de orientación y proyección que influye de algún modo en las condiciones objetivas bajo las cuales tienen lugar las experiencias ulteriores. Así, aunque el principio de continuidad puede fijarse en todos los casos, la cualidad de las experiencias influye en el modo en que tal principio se aplica:

Por ejemplo, un niño que aprende a hablar tiene una nueva facilidad y un nuevo deseo. Pero también ha ampliado las condiciones externas de un aprender subsiguiente. Cuando aprende a leer descubre igualmente un nuevo ambiente. Si una persona decide hacerse

⁹ Dewey tuvo gran influencia de la teoría de la evolución de Darwin en tanto se acondiciona para la formulación de su teoría experiencial. Además escribió un ensayo titulado *La Influencia del Darwinismo en la filosofía*.

maestro, abogado, médico o agente de bolsa, cuando lleva a cabo su intención determina con ello necesariamente en alguna extensión el ambiente en el cual actuará en el futuro (Dewey, 1938, p. 80).

El principio de continuidad en unión activa y recíproca con el principio de interacción en conexión con las condiciones del ambiente, del entorno físico y social de cuyo sentido educativo está determinado por el crecimiento de la cualidad de las experiencias que preparan a una persona para experiencias futuras, de una calidad más profunda y significativa y que mejora la capacidad de los individuos para enfrentar las necesidades y circunstancias problemáticas del presente y del futuro, convierte a la educación en un factor fundamental, armonioso y orientador.

Es así como los principios de continuidad e interacción en conectividad recíproca se adoptan en relación activa con el medio ambiente definido como “aquellas condiciones que promueven o dificultan, estimulan o inhiben las actividades características de un ser vivo” (Dewey, 1916, pág. 133). Estas mismas características definen lo que Dewey llama el medio ambiente social, entorno vital donde se desenvuelve el individuo como sujeto social, esto es, un ser cuyas actividades están asociadas con las de los otros: “lo que hace y lo que puede hacer depende de las expectativas, exigencias, aprobaciones y condenas de los demás” (Dewey, 1916, pág. 22).

El principio de la interacción se ubica entre lo individual, el medio natural que lo circunda y las demás personas; se da en toda experiencia como un juego dinámico y recíproco afectando las condiciones de vida experiencial de los individuos, haciendo que las experiencias ulteriores sean más significativas y controlables. Junto con el principio de continuidad son los dos aspectos característicos de toda experiencia educativa en tanto dan la medida orientadora de su sentido y significado de acuerdo con las consecuencias o efectos prácticos que produce en el individuo. Así, en la vida las experiencias se suceden unas tras otras pero a causa del principio de continuidad cada una de ellas se lleva algo significativo de la anterior a la siguiente y lo que se ha adquirido en conocimiento, habilidad o destreza en una situación previa, se convierte en un instrumento para comprender mejor la situación que sigue; y por el principio de interacción esa ganancia en significación se direcciona para definir un efecto positivo de sentido. De esa comprensión depende que, cuando el individuo pase de una situación a otra, el horizonte de posibilidades de acción se

amplía y se diversifica en tanto puede obtener mejores herramientas que en buen uso, sirven para dar resolución a las dificultades y problemas que se reflejan ante el panorama incierto que ofrece el futuro. Esta nueva forma de replantear la educación, emerge de la experiencia vivida en la cotidianidad ofreciéndole al individuo un conocimiento experiencial continuo de enriquecimiento y organización progresiva, cuya indagación exige también de una continuidad temporal de la experiencia; es decir, que para que haya una mejor comprensión de la naturaleza de los problemas sociales actuales la indagación se debe dar en conexión con el presente, con el pasado y con el futuro (Dewey, 1938, pp. 54 y 55). A su vez, la comprensión es tanto más eficaz y significativa cuando se establecen relaciones e interacciones entre una y otra situación. Se conectan entre sí las experiencias para garantizar que puedan aprovecharse todos los recursos obtenidos con anterioridad en el descubrimiento del sentido de las experiencias futuras, vividas encadenadamente una a una en proyección armoniosa, orientadas a florecer en sentido y significado pleno de cada momento experiencial del presente del individuo, aumentando su capacidad de conexión e interacción con el mundo y con la sociedad donde se ubica en actitud inteligente, dinámica y positiva.

Estos principios son necesarios para que la experiencia sea educativa en cuanto cumplen con el propósito de enriquecimiento y orientación, así la experiencia trasciende el nivel de adiestramiento y se ubica en un nivel inteligente de sentido y significado que es por lo que se sustenta la teoría de la educación de John Dewey, cuyo propósito es transformar las condiciones de vida de los seres humanos haciéndolos conscientes, críticos y responsables, ubicándose favorablemente en el entorno natural y social con la capacidad de dar resolución a los problemas y enfrentar los desafíos del futuro.

2.2. La educación como reconstrucción reflexiva de la experiencia

Siguiendo esta misma línea de análisis y reflexión en procura de una caracterización plena del proyecto educativo de Dewey, quien anima a seguir escudriñando sus planteamientos reconstructivos en aspectos que se muestran como fundamentales en la edificación de una propuesta innovadora, que sirva de resolución a las necesidades y problemas, que constantemente

han hecho vulnerable el piso pedagógico, involucrando a los individuos en lo que a formación y desarrollo experiencial se refiere, se hace conveniente identificar algunas características que ayudan a consolidar la educación como reconstrucción reflexiva de la experiencia.

Dewey, según el estudio que se viene haciendo, ha sido reiterativo en considerar la educación como una constante reorganización o reconstrucción de la experiencia de los individuos, donde su objetivo se encuentra “imbricado con el propio proceso de vivir” (Ruiz, 2013, p. 108). Esta reconstrucción se añade al significado de la experiencia y aumenta la capacidad para dirigir un curso subsiguiente de la experiencia. Involucra los procesos educativos en el ámbito natural, individual y social, pues “el control de las acciones individuales es afectado por la situación total en que se hallan los individuos, en la que participan y de la que son parte cooperadora o integrante” (Dewey, 1938, p. 60). Desde este punto de vista se considera a la educación en concordancia con el sentido de reorganización social. La educación es una constante reconstrucción de la experiencia en la manera de mejorar su cualidad, haciéndola más fecunda para darle cada vez más sentido y significación. Esto mejora las posibilidades de las nuevas generaciones a enfrentar los desafiantes retos de la sociedad. Dentro del proceso educativo lo que realmente se aprende en todos y cada uno de los momentos evolutivos de la experiencia, constituye el valor fecundo de la experiencia y dignifica las formas de existencia humana en cuanto se enriquece en todo momento. Esto es por lo que conlleva a incentivar el interés de los individuos en obtener el mejor provecho de esa conexión reconstructiva experiencial de crecimiento en significación y sentido en el presente y sacarle provecho para operar positivamente en experiencias venideras.

Esta línea de pensamiento exige entrar más en detalle al respecto e ir en sintonía con el querer propositivo de Dewey quien considera que “la filosofía tiene la tarea del desmembramiento analítico y la reconstrucción sintética de la experiencia” (Dewey, 1925, p. 37). En este punto Dewey, retoma un aspecto importante dentro de la dinámica de aprendizaje experiencial: el ‘pensamiento’. Este concepto se muestra como fundamental dentro del movimiento progresivo de la cualidad de la experiencia en su dimensión reflexiva dando más sustento y consistencia al proceso de reconstrucción de manera intencionada. Así lo muestra Dewey en *Democracia y Educación*:

En el descubrimiento de las conexiones detalladas de nuestras actividades con lo que ocurre como consecuencia se hace explícito el pensamiento implicado en la experiencia de ensayo y error. Su cantidad aumenta de modo que su valor proporcional es muy diferente. De aquí que cambia la cualidad de la experiencia; el cambio es tan significativo que podemos llamar reflexivo a este tipo de experiencia, es decir, reflexivo por excelencia (Dewey, 1916, p. 129).

Es la manera peculiar como Dewey sigue su tarea de ir tomando elementos importantes para replantearlos y acondicionarlos en la reconstrucción de la experiencia, tomada como fundamento de su proyecto filosófico y pedagógico. Para explicitar mejor la concepción del concepto ‘pensamiento’ y su relación con la experiencia en cuanto le da un carácter reflexivo, acude a inspeccionar datos que le ofrece el terreno de la investigación mediante la manipulación de variables en experimentos de índole educativo con el fin de obtener ciertas consecuencias prácticas, en tanto “que las observaciones provocadas por la variación de las condiciones sobre la base de alguna idea o teoría constituyen un experimento” (Dewey, 1989, p. 92). En este campo el movimiento del pensar se delimita dentro del esfuerzo intencional para descubrir conexiones específicas entre algo que se hace y las consecuencias que resultan, de modo que ambas cosas conserven la continuidad. Siguiendo esta perspectiva de comprensión declara así el autor:

El pensamiento o la reflexión, como ya hemos visto virtual si no explícitamente, es el discernimiento de la relación que existe entre lo que tratamos de hacer y lo que ocurre como consecuencia. Ninguna experiencia con sentido es posible sin algún elemento de pensamiento (Dewey, 1916, p. 128).

El pensamiento reflexivo se constituye en una sucesión de ideas controlada y direccionada, de tal manera que su estructura requiere de una secuencia, orden y sistematización dirigido a conclusiones deseables y aceptables.

El replanteo de cada concepto lo convierte Dewey en un componente nuevo que se imbrica armoniosamente con otros, en conformidad con el aporte a la mejora de la cualidad de la experiencia. La cualidad de la experiencia no sólo permanece en conexión de experiencia en

experiencia, sino que va mejorando, es decir se va enriqueciendo, fortaleciendo, ganando en contenido epistémico, en argumentación, en reflexión y en potencial explicativo; lleva a “afirmar con garantía” (Dewey, 1989, p. 27). Es en esencia lo que dictamina la reconstrucción de la educación experiencial que afecta a los individuos de toda edad, condición y género de manera positiva e inteligente y los orienta al bien social mediante la acción.

En fin de cuentas, pues, la vida social no sólo exige señalar y aprender para su propia permanencia, sino que el mismo proceso de convivir educa. Éste amplía e ilumina la experiencia; estimula y enriquece la imaginación; crea responsabilidad respecto a la precisión y la vivacidad de expresión del pensamiento. (Dewey, 1916, p. 17).

Según Dewey, el pensar como “único fundamento de todo progreso” (Dewey, 1951, p. 125), se acondiciona dentro de un proceso investigativo en una suerte de obtener resultados esperados. Es la categoría privilegiada que le otorga a la experiencia su carácter reflexivo. “En la medida que el proceso real de pensar es verdaderamente reflexivo, está alerta, es cuidadoso, riguroso, definido y preciso y sigue un curso ordenado. En una palabra, es lógico” (Dewey, 1989, p. 39). Es significativo el análisis en este punto puesto que explora la relación esencial para mostrar cómo el ejercicio del pensar le ofrece la condición reflexiva a la experiencia justamente al momento de elaborar un discernimiento sobre los hechos de un proceso investigativo pedagógico; evidencia la relación de conexión que existe entre la continuidad y la interacción que se da en la experiencia modificando su cualidad, proporcionando perspectivas diferentes que se conjugan en prácticas reflexivas, perfilándose así el sendero de un ajuste en las nuevas formas de vivir, pensar y actuar de los individuos y de la sociedad, interfiriendo también en una positiva vivencia democrática en cuanto se viabiliza en los individuos su condición de ciudadanos.

La experiencia reflexiva fundamenta la argumentación de las acciones y relaciones que se llevan a cabo, dando una orientación a las situaciones de conexión e interacción que se realizan. De esta manera la experiencia reflexiva determina la dinámica de inspección en la selección de variables que favorezcan los resultados deseables. Este análisis o discernimiento debe cumplir ciertos parámetros:

Cuando los factores de facilidad, fertilidad y profundidad están adecuadamente equilibrados o proporcionados se logra la consecuente continuidad del pensamiento. No deseamos ni el espíritu lento ni el apresurado. No aspiramos ni a la difusión azarosa ni a la rigidez prefijada. Continuidad quiere decir flexibilidad y variedad de materiales, juntos en la unidad y carácter definitivo de la orientación (Dewey, 1989, p. 27).

Según el análisis que se viene haciendo, observamos que una de las características de Dewey en su planteamiento pedagógico es tomar conceptos, casi siempre de índole epistémico, replantearlos y ponerlos en función activa, creativa y dinámica para así sustentar consistentemente su teoría. Luego de dar el ingrediente reflexivo a la experiencia mediante la actividad del pensar por lo que las personas llegan a ser “cautelosas, no impulsivas; miran a su alrededor; son circunspectas. No se atropellan a tontas y a locas. Sopesan, ponderan, deliberan” (Dewey, 1989, p. 138), nos trae a colación otro concepto que señala como necesario en la reconstrucción de la cualidad de la experiencia; se trata de la ‘concentración’, importante también para aplicar en el campo de un proceso de investigación con el fin de dar más eficacia a la reflexión. La ‘concentración’ como concepto aplicado a la experiencia se traduce en su significación no sólo como ausencia de distracción sino, también, como lo explicita este autor:

Concentración no quiere decir inmovilidad, detención repentina ni parálisis del flujo de sugerencias, sino variedad y cambio de ideas, combinadas en una única y constante corriente en dirección a una conclusión unificada. Los pensamientos no se concentran porque permanezcan callados y en reposo, sino porque se mueven hacia un objetivo, tal como un general mueve sus tropas para el ataque o la defensa. Fijar la mente en un tema se asemeja a mantener un barco en su ruta, pues implica un cambio constante de posición junto con cierta unidad de dirección (Dewey, 1989, p. 27).

En última instancia, cabe resaltar la importancia de otro concepto del cual se sirve Dewey para incorporarlo y armar ordenadamente todo su andamiaje epistemológico que contiene en esencia los conceptos, hechos y pensamientos definidos, que le den más significación y orientación a la experiencia, aumentando su valor cualitativo de reflexión y conocimiento. Este otro concepto es el de ‘comprensión’, definido por Dewey como “la captación de las diversas partes de la

información adquirida en sus relaciones recíprocas, resultado que únicamente se logra cuando la adquisición va acompañada de una constante reflexión sobre el significado de lo que se estudia” (Dewey, 1989, p. 40). Es así como la experiencia reflexiva adquiere su valor significativo por el proceso real de pensar, siguiendo un curso ordenado, cuidadoso, riguroso, definido y preciso, es decir, un orden lógico, constituyéndose como el verdadero camino de desarrollo y crecimiento educativo. Esta experiencia enriquecida y mejorada en su cualidad debido a la manera de replantear y reordenar conceptos y situaciones puestos en relación de conexión, continuidad e interacción direccionados inteligentemente, lleva a los individuos a constituir un carácter profesional, de muchos conocimientos y valores, cargado de un gran potencial, no sólo para transmitirlos a otros, sino para que se instalen inteligentemente dentro del entorno natural y social en pro de optimizar las condiciones de vida justa y equitativa, siendo garantes en la resolución de problemas y en enfrentar las situaciones adversas venideras en la vida que le está reservada más adelante.

2.3. Hacia una teoría prospectiva de la experiencia educativa

En este orden de ideas con respecto al enfoque que da Dewey a su proyecto pedagógico, donde la reconstrucción continua de la experiencia se retoma como fundamento dentro del proceso educativo de los individuos, es decir, el ideal del proceso de crecimiento educativo equivale a tomar este proceso como la constante reorganización o reconstrucción de la experiencia cuyo fin se da en el mismo proceso educativo que es la transformación directa de la cualidad de la experiencia (Dewey, 1938, p. 41). Por ello, la enseñanza se debe encaminar hacia procesos de aprendizaje experiencial que orienten al individuo en la construcción social mediante la adquisición de conocimientos, en consonancia con el desarrollo de un pensamiento reflexivo, crítico y científico de los educandos, con el fin de sintonizar el saber que se enseña con las vivencias y experiencias propias de quienes aprenden. La principal estrategia dentro de la dinámica de enseñanza está en incentivar permanentemente el interés para que la mente del individuo opere adecuadamente, mediante el movimiento del pensamiento en el propósito de aumentar el conocimiento lograr que los niños y jóvenes se concienticen de la importancia de educar, la pertinencia de aprender y la felicidad de vivir. Al respecto nos dice el autor:

La infancia, la juventud y la vida adulta se hallan todas en el mismo nivel educativo, en el sentido de que lo que realmente se aprende en todos y cada uno de los estadios de la experiencia constituye el valor de esa experiencia, y en el sentido de que la función principal de la vida en cada punto es hacer que el vivir así contribuya a un enriquecimiento de su propio sentido perceptible (Dewey, 1916, p. 73).

Es así como la experiencia pedagógica, dentro del ejercicio de enseñar y aprender, se enlaza armónicamente con la integridad de la persona, identificando lo cognitivo, lo afectivo, lo emocional y lo social como parte de lo que le brinda el entorno natural y social.

Cabe anotar que el proceso de desarrollo y crecimiento educativo a través de la conexión de experiencias se da en dos aspectos; uno, es el que hemos venido señalando que se da en el aporte y enriquecimiento que transfiere una experiencia a la otra haciendo que esta gane en amplitud y mejora de su cualidad en sucesión indefinida, y:

El otro aspecto de una experiencia educativa es un poder adicional de dirección o control subsiguiente. Decir que se conoce lo que ocurre o que se pueden dirigir ciertas consecuencias es decir, naturalmente, que se puede anticipar mejor lo que va a ocurrir; que se puede, por tanto, estar dispuesto a prepararse de antemano para lograr consecuencias beneficiosas (Dewey, 1916, p. 74).

En este sentido es al educador a quien corresponde controlar la dinámica de instrucción y orientación, considerando a la enseñanza y el aprender como un proceso continuo de reconstrucción de la experiencia. Es por lo que esta condición “sólo puede ser satisfecha cuando el educador dirige su mirada hacia adelante y contempla toda experiencia presente como una fuerza activa que influye en lo que serán las experiencias futuras” (Dewey, 1938, p. 108). Es la forma de orientar organizadamente el esquema mental de los educandos para llevarlos a un mundo natural y social más amplio, más culto y refinado, mejorado inteligentemente los vínculos humanos y las relaciones sociales.

Teniendo claro y definido aspectos y conceptos en lo que concierne al proyecto educativo de este autor norteamericano, se hace necesario ir abriendo las sendas para dar una mirada prospectiva a sus planteamientos, que es lo que más llama la atención en este breve estudio, ya que puede aportar mejoras en la práctica educativa de nuestra sociedad actual de alta complejidad, caracterizada por la ligereza en que se producen los cambios. Se trata de ir mirando la posibilidad de manifestar que las ideas pedagógicas de Dewey son aplicables en el mejoramiento del sistema educativo actual. La tarea pedagógica de la realidad actual se desarrolla en un contexto dinámico y variable; por lo que se hace necesario implantar modelos educativos que se ajusten al desarrollo de las capacidades de manera consciente, crítica y responsable, haciendo uso de los nuevos instrumentos de información y tecnología que ofrece el mundo hoy. Si para Dewey, como hemos visto, el quehacer del educador es crear las condiciones necesarias para estimular y despertar el interés en desarrollar las facultades activa y creativamente de los alumnos, con mayor razón se requiere que el educador de hoy tenga un perfil abierto y flexible, que conlleve a la eficacia de su práctica. La convicción que la escuela es el eje articulador del proceso educativo debe estar sujeto a ir en concordancia con las disposiciones y requerimientos que exigen los nuevos paradigmas. Para promover cambios favorables en la enseñanza se hace necesario que el educador renueve permanentemente su potencial epistémico atendiendo las necesidades de actualización en conocimientos, en flexibilidad y en rigor para explorar y direccionar inteligentemente las capacidades y virtudes de los educandos, ya que en él recae la responsabilidad de construir la vida humana de sus educandos.

La prioridad del educador está en transformar el pensamiento de los educandos, conduciéndolos por nuevos modelos educativos que impliquen nuevas estrategias de motivación para que experimenten confianza y así adquieran la evolución de su ser integral llevándolos a ser críticos, transformadores e innovadores de su propia realidad con el fin de que logren transformar la sociedad en todas sus dimensiones, condiciones y posibilidades de forma positiva. A este respecto nos ejemplifica Dewey:

El educador, como el agricultor, tiene que hacer ciertas cosas, ciertos recursos para hacerlas y ciertos obstáculos que vencer. Las condiciones con que el agricultor trata sean obstáculos o recursos, poseen su estructura y operaciones propias, independientemente de todos sus

propósitos. Brotan las semillas, cae la lluvia, brilla el sol, devoran los insectos, cambian las estaciones. Su fin es simplemente utilizar estas diversas condiciones; hacer que colaboren sus actividades y sus energías en vez de ir unas contra otras. (Dewey, 1916, p. 97).

De este modo, el educando dejará de ser pasivo en la recepción de conocimientos y sabrá asumir con responsabilidad su propia formación intelectual. “Significa ser plena y adecuadamente lo que es capaz de llegar a ser mediante la asociación con los demás en todas las funciones de la vida” (Dewey, 1916, p. 299). Se llega a inferir de esta manera que uno de los elementos propositivos de la educación es la transmisión de conocimientos, valores, costumbres y actitudes de generación en generación, constituyendo una significación equivalente a transmisión de cultura donde la escuela surge como un lugar primordial de encuentro e interacción del individuo con esa gran gama de conocimientos adquirido a través del discurrir histórico de pensamiento. Por eso cabe bien aseverar que la “función del educador en la empresa educativa es proporcionar el ambiente que estimule las respuestas y dirija el curso del alumno (Dewey, 1916, p. 159). En ese sentido, a través de la socialización con otras personas y en un ambiente favorable para la exploración y ejercicio de sus capacidades, el alumno, mediante la orientación del educador, comienza a formarse en la adquisición de conocimientos y valores que considera como moralmente valiosos y productivamente útiles para el desarrollo de la sociedad en la que vive. Así no es posible desligar la labor educativa del ambiente natural y social en el que inevitablemente se encuentran relacionados los individuos, de ahí que la educación tenga su significación en el desarrollo natural, cultural y social como rasgo de buen comportamiento, como caracteres de una persona capaz de hacer algo importante en pro de aquella sociedad de la que es miembro y por lo que la escuela tiene por misión desarrollar; es como dice el filósofo en estudio:

Hay una sentencia antigua según la cual no basta que el hombre sea bueno; tiene que ser bueno para algo. El algo para lo cual el hombre debe ser bueno es la capacidad para vivir como un miembro social de modo que el que obtiene de vivir con los demás se equilibre con lo que él contribuye. Lo que obtiene y lo que da como un ser humano, como un ser con deseos, emociones e ideas no son posesiones externas, sino una ampliación y profundización de la vida consciente, una comprensión de sentidos más intensa,

disciplinada y expansiva. Lo que materialmente recibe y da es a lo más oportunidades y medios para la evolución de la vida consciente. (Dewey, 1916, p. 299).

Es de anotar que Dewey muestra un interés especial por el niño, dada su inmadurez cognitiva, es colocado como centro del proceso de enseñanza en cuanto se muestra con un gran potencial en capacidad de aprender, pues cuando el niño llega al aula “ya es intensamente activo y el cometido de la educación consiste en tomar a su cargo esa actividad y orientarla” (Dewey 1899, p. 41). Es decir, debe ser instruido y orientado con nuevos e innovados modelos educativos de orden prácticos por lo que Dewey propone a la “escuela una probabilidad de ser una Comunidad en miniatura, una Sociedad embrionaria” (Dewey, 1989, p 4). En este sentido, la escuela debe convertirse en el núcleo de la comunidad que empieza a germinar su desarrollo, debe tener la facultad para incentivar y orientar las tendencias y capacidades de los niños creando un ambiente comunitario no sólo al interior del aula, sino fuera de ella, en el ambiente natural y familiar, para que empiece también a germinar en él el sentido de la vida social (Dewey, 1950, p. 4). El accionar de la escuela debe estar centrado también en aprovechar la condición activa del niño para detectar las cualidades y aptitudes potenciales que van emergiendo dentro del ejercicio cotidiano de espontaneidad y creatividad. Por medio de las actividades lúdicas y manualidades se permite la reproducción por parte de la escuela en la exploración esencial del individuo y se logra que los individuos se puedan incorporar a la vida social¹⁰. A este respecto nos aclara un poco más Miguel Catalán (2001) refiriéndose a Dewey cuando dice:

Con el propósito de transformar al discente de objeto inerte de la educación en sujeto activo de la misma. Dewey abordará el problema desde tres claves teóricas: enfoque del programa a partir de los intereses potenciales del alumno (hacer que el profesor no responda a preguntas que no se ha hecho el alumno, sino más bien suscitar que la pregunta parta del alumno a partir de sus propios problemas), uso del funcionalismo psicológico (la consideración de la mente como una parte del organismo dedicada a superar dificultades

¹⁰ Es el Ideal de Dewey, tendiente a descubrir y desarrollar las capacidades de cada individuo lo que conduce a pensar en la aplicación de una formación personalizada que en las condiciones que muestra el contexto actual, por su complejidad y por lo que ello significa, sería muy difícil de realizar.

prácticas) y, por fin, la integralidad de la educación (la escuela considerada, no como una preparación a la sociedad, sino como una sociedad en sí misma; una sociedad en miniatura en cuanto a la interrelación de las distintas subjetividades e intereses a partir del hábito de la democracia entendida como método de la relación humana). (Catalán, 2001, p. 128).

Todo esto se entrelaza con la materia del conocimiento que no debe subordinarse a razones teóricas abstractas sino que debe estar al servicio de la vida, por lo tanto para Dewey, todo pensamiento y conocimiento debe ser posible de aplicación, por eso debe ser práctico. Cuando el niño empieza su escolaridad lleva en sí “cuatro impulsos innatos: el de comunicar, el de construir, el de indagar y el de expresarse de forma más precisa, que construyen los recursos naturales, el capital para invertir, de cuyo ejercicio depende el crecimiento activo del niño” (Dewey, 1989, p. 30). Estos impulsos son los que debe tomar la escuela como punto de referencia para así saber qué modelo de enseñanza adoptar y bajo qué criterios, para que el desarrollo educativo sea exitoso.

Como consecuencia de ello, los maestros tienen que apelar a una constante motivación del niño, teniendo el cuidado de no infundirles miedo o temor que puede llevarlo a obtener un aprendizaje aparente o difuminado. Deben explorar y desarrollar todas las potencialidades de los individuos sin excluir a nadie, convencerlos no tanto de aprender, sino de lo importante que es aprender, pues para un niño lo importante no es aprender a leer, sino aprender que leer es importante. Para salvaguardar un poco esto, Dewey sugiere a los educadores que integren la psicología en el programa de estudios, construyendo un entorno en el que las actividades inmediatas del niño se enfrenten con situaciones problemáticas en las que ejerciten su capacidad creativa en su intento propio de dar resolución mediante la aplicabilidad de conocimientos de orden teórico y práctico (Dewey, 1916, p.152). En realidad, todo el material está disponible para que el educador lo aplique y oriente correctamente según los intereses de los niños, sin dejar de tener en cuenta lo que Dewey les indica:

Les corresponde a ustedes conseguir que todos los días existan las condiciones que estimulen y desarrollen las facultades activas de los alumnos. Cada niño ha de realizar su propio destino tal como se revela a ustedes en los tesoros de las ciencias, el arte, y la industria. (Dewey, 1902 p. 299).

También se puede decir que, de acuerdo con Dewey, la primera responsabilidad de la escuela es invitar a la curiosidad natural y a la actividad del niño, y dirigir éstos hacia la investigación de temas de interés. De aquí nace la filosofía del aprendizaje experiencial, pues toda auténtica educación se efectúa mediante la experiencia. El aprendizaje experiencial es activo y genera cambios en la persona y en su entorno, transformando los ambientes físicos y sociales. Esto exige la aplicabilidad de un método educativo basado en la acción, la estimulación de los intereses del niño y el ejercicio de la espontaneidad para las actividades, permitiendo la cooperación grupal de los individuos para realizar creativamente proyectos educativos. Dewey traduce la escuela como un laboratorio de experiencias dando ruptura a la tradición del establecimiento de diferencias de rangos entre la actividad intelectual y la actividad manual. Desde esta perspectiva, la educación se redefine en ser un proceso de integración significativa de los individuos en sociedad, basado en la noción de aprendizaje como un desarrollo evolutivo del individuo en la capacidad de realizar tareas con sentido y significación para la vida real. Este pensamiento educativo de Dewey, lo circunscribe dentro de la corriente llamada ‘Escuela nueva o Activa’², cuyo objetivo se centra en el fomento a la actividad, el respeto a la libertad, el desarrollo de la creatividad y la flexibilidad en el aprendizaje.

Independientemente de que esté de acuerdo o en desacuerdo con Dewey, creo que es plausible su osadía en criticar y romper con los paradigmas de la educación tradicional de rigor y verticalidad para lanzarse en nuevas perspectivas de reconstrucción e innovación. El planteamiento pedagógico de Dewey da un giro a la acción educativa. Este giro conlleva un profundo cambio metodológico, basado en el papel de la experiencia como principio básico de la educación. La educación es procesual, por eso lo más significativo en Dewey es el método que facilita aprender de la realidad natural y social. Es por lo que no hay que desestimar su concepción educativa, ya que da las pautas para el desarrollo de un aprendizaje mediante la actividad experiencial que explora todas las facciones de los aprendices y las pone en ejercicio y en conexión abriendo un horizonte de progreso, de nuevas expectativas de resolución y de convivencia. En fin, la concepción educativa de Dewey tiene un claro carácter pragmático en cuanto entrelaza el crecimiento personal con la consecución de prácticas tendientes a mejorar las relaciones sociales. Su convicción no está en formar personas de razón instrumental con efectos productivos, de

crecimiento cuantitativo; sino que su filosofía está en que la educación debe crear personas humanas, conscientes, inteligentes, críticas capaces de aportar un fundamento a la sociedad y a la democracia.

3. ACTUALIDAD DE LA PROPUESTA DE DEWEY EN NUESTRO MEDIO

En este punto del estudio sobre la filosofía y pedagogía de John Dewey, debo aseverar que sus planteamientos, a pesar de que han estado sujetos a críticas, son de trascendental importancia en cuanto contribuyen para marcar un hito en la manera como se replantea la educación en la actualidad en muchos países, especialmente en Latinoamérica incluyendo a Colombia. Es de considerar que sus ideas filosóficas y pedagógicas son aplicables en el mejoramiento del sistema educativo actual, en tanto ofrece el tratamiento más innovador y reformador, por lo que se hace adaptable como esquema resolutivo a la problemática que presenta nuestro sistema educativo actual, ya que constituye un marco de análisis y reflexión que sugiere cambios urgentes y necesarios para que los individuos en formación se preparen mejor en sus procesos de crecimiento y desarrollo formativo, fijando positivamente su papel en la sociedad.

3.1. Rol experiencial del docente frente al alumno

Las ideas de Dewey nos siguen interpelando hoy, ya que ponen en cuestión algunos aspectos que se dan dentro del ejercicio cotidiano del aprendizaje. El énfasis puesto en el rol activo y experiencial del alumno, la importancia otorgada a las experiencias concretas de los sujetos en su entorno natural y social, el papel asignado al docente centrado a la búsqueda creativa por vincular el currículo con las aptitudes de los niños: “De aquí la necesidad de que el maestro conozca tanto la materia de estudio como las necesidades y capacidades características del alumno” (Dewey, 1916, p. 161). El docente como pilar del proceso educativo se constituye en un líder, no por su posición social, sino debido a su conocimiento más amplio y profundo y a la madurez de su experiencia¹¹. Debe guiar a los niños bajo parámetros de libertad para que ellos sigan sus propios intereses, deseos y necesidades, comprendiendo que “La escuela es,

¹¹ Esta descripción del docente se referencia en tres de sus obras: (Dewey, 1977, p. 8). (Dewey, 1989, art. 18. Núm. 4). (Dewey, 1916, p. 181).

primeramente, una institución social” (Dewey, 1989, p. 55). Ellos son cultivados dentro de un proceso de desarrollo integral, cuyo conocimiento se va registrando de manera experiencial y su dinamismo se determina por condiciones prácticas. El ideal educativo actual se ajusta a esta forma de pensar, lo que hace que Dewey sea un pedagogo que interpela sobre muchos aspectos complejos que renuevan la práctica educativa de estos tiempos. Cuestiones tales como el carácter descontextualizado del conocimiento escolar, la escuela entendida como lugar cerrado y aislado, el lugar del docente como fuente principal para impartir conocimiento y la poca importancia otorgada a los conocimientos experienciales de los alumnos obtenidos fuera de la escuela, invisibilizan y hacen que las prácticas puedan ser plasmadas bajo falsos parámetros de fantasía, por cuanto el contexto queda desdibujado. Por ello se hace necesario repensar estos aspectos a partir de la lectura de los planteamientos de Dewey.

Tal y como he expuesto a lo largo de este trabajo, Dewey fue uno de los más grandes influyentes de los cambios educacionales de mayor profundidad registrados en el presente siglo, que pueden resumirse en la instauración de una educación progresista mucho más amplia, con objetivos sociales e individuales donde se exalta la libertad, se aprende mediante la experiencia, se estimula el interés y se adquieren nuevas destrezas; al mismo tiempo que se formulan perspectivas de índole psicológico, que centran la educación en las necesidades resolutivas del individuo y de la sociedad. Abre un nuevo horizonte de posibilidades al maestro que lo llevan a cambiar su actitud y disposición frente a las condiciones presentes de proyección, aumentando así su habilidad en el ejercicio de la enseñanza con la capacidad para adoptar nuevos modelos de enseñanza que privilegien el aprendizaje experiencial, haciendo que su proceder práctico sea más flexible. Así lo muestra un artículo titulado: *Vigencia de Hanna Arendt y John Dewey en la acción docente del siglo XXI* publicado en la revista Foro de Educación:

La transmisión del saber se debe reorientar; el docente ya no es prioritariamente quien conoce los contenidos y los impone, sino aquél que se encuentra con una singularidad concreta, un grupo de alumnos, a quienes ofrece su yo, por eso no pertenece ya al orden del ser superior que lo sabe casi todo; es responsabilidad, es adecuación del contexto que tiene enfrente a la acción educativa, es ética al servicio de la transmisión de los saberes. (Pallarés y Muñoz, 2017, p. 6).

Estas ideas se ajustan para responder a las demandas reales de la escuela del presente, sin que por ello el educador deje de ser el interlocutor principal que sustenta la educación. Es él quien con su ejercicio en la escuela tiene la responsabilidad de desarrollar la inteligencia y el carácter que puedan dirigirse hacia el bien, de cultivar el espíritu social y el poder para la acción comunitaria, de sustituir los intereses de competición por los de cooperación. En fin, el maestro debe asumir la responsabilidad de crear un ambiente más amplio y equilibrado sin agotar esfuerzos para que la dirección de la escuela sea guiadora y reguladora de todos los elementos que se conjugan dentro del proceso de formación.

La escuela también contribuye a la idea de que el conocimiento forme parte del carácter y de la inteligencia del individuo (Dewey, 1989, Intr.). Posibilita que la educación sea ética porque concientiza a los individuos en la necesidad de formar valores que se materialicen en la vida social; de no ser así, “por regla general la ausencia de un ambiente social en conexión con el cual el aprender es una necesidad y una recompensa, constituye la razón principal del aislamiento de la escuela: y este aislamiento hace al conocimiento escolar inaplicable a la vida y por tanto de un carácter estéril” (Dewey, 1916, p. 199). Esto implica que la escuela llegue a darse como una forma de vida social en interacción con otros modos de experiencia dados también fuera del componente áulico (Dewey, 1989, p. 3). En consecuencia se constituye la finalidad social en el que el ingrediente moral se presenta como elemento de trascendencia tal como insinúa Dewey:

Toda educación que desarrolla la capacidad de participar en la vida social es moral. Forma un carácter que no sólo hace socialmente necesaria la acción particular, sino que está interesada por aquel reajuste continuo que es esencial para el desarrollo. El interés por aprender todos los contactos de la vida es el interés moral esencial (Dewey, 1916, p. 300).

Se dan todos los instrumentos para que el individuo mediante la escuela obtenga la formación debida y así pueda hacer el anclaje pertinente dentro de la sociedad. Esto exige de parte de los maestros, padres y demás miembros que ejercitan la pedagogía fortalecer su capacidad formativa, ampliar sus niveles de conocimiento y mejorar su destreza, para que pueda impartir

efectivamente todo aquello que sirve al educando para mejorar sus condiciones de vida en todos sus aspectos (Cadrecha, 1990, p. 81). La educación para Dewey debe partir de la corriente pedagógica llamada: ‘Escuela Nueva’¹², que se caracteriza por fomentar la acción del niño y representa el movimiento de renovación de la educación escolar. Considera que el infante nace con impulsos especiales de acción, que deben ser estimulados y desarrollados a través de la orientación y guía del maestro. Si se adecuan correctamente estos impulsos del niño con un aprendizaje que sea interesante, significativo y estimulante; el educando actuará por sí mismo y por ende, ganará en la cualidad de la experiencia personal. Para Dewey, debemos considerar a la escuela como una parte de la sociedad, donde el aprendizaje se basa en la acción y participación del niño, que suele actuar de manera personal y de manera social; pues los niños deben tener libertad para seguir sus propios intereses, deseos y necesidades. Dewey da centralidad al niño, pues de una eficiente y adecuada educación depende el progreso de la sociedad. En su gran espíritu innovador da las pautas para que esto se lleve a cabo. Da los elementos claves para afrontar el reto de mejorar un sistema educativo en su conjunto. Esto lo hace inmensamente actual puesto que sus planteamientos son absolutamente válidos para solventar las fragilidades que presenta el sistema educativo hoy en día.

3.2. Vigencia de Dewey dentro del contexto educativo colombiano

Inicialmente mi propósito estaba enfocado en hacer un sondeo sobre la vigencia de los planteamientos de John Dewey, mediante la asistencia a algunas aulas escolares y mediante entrevistas a quienes ejercitan la práctica docente; pero dadas las circunstancias actuales de confinamiento se imposibilitó tal propósito; sin embargo, animado por la comprensión de la educación experiencial concebida por Dewey, por el diálogo con algunos compañeros que realizan la práctica docente y por la lectura al contexto educativo de nuestro país, me atrevo a inferir que,

¹² La escuela nueva surge en oposición a una pedagogía basada en el formalismo y la memorización, en el didactismo y la competencia, en el autoritarismo y la disciplina, la nueva educación reivindica la significación, el valor y la dignidad de la infancia, se centra en los intereses espontáneos del niño y aspira a fortalecer su actividad, libertad y autonomía (Educere, vol. 10, núm. 35, octubre-diciembre, 2006, pp. 629-636 Universidad de los Andes Mérida, Venezuela)

dadas las circunstancias actuales donde la educación es mirada con cierto desprecio por parte de los entes gubernamentales, encajaría muy bien un sistema innovador como el de John Dewey, teniendo el cuidado de reunir algunas características indispensables, como lo menciona este autor cuando afirma:

La expresión y cultivo de la individualidad, la actividad libre, el aprender mediante la experiencia, la adquisición de destrezas y técnicas son el medio de alcanzar fines que interesan directa y vitalmente utilizando las oportunidades de la vida presente y el conocimiento de un mundo sometido al cambio (Dewey, 1938, p. 15).

Consecuente con lo anterior considero que la aplicabilidad de los planteamientos pedagógicos de Dewey en la actualidad se puede dar parcialmente, su vigencia no se oficializa de manera sistemática, pues las condiciones actuales de reformas educativas se deben ajustar a nuevos condicionamientos proveniente del ritmo acelerado, de cambio y progreso, donde el despliegue de la razón instrumental se privilegia tendenciosamente en nuevos paradigmas de desarrollo en industria, comercio y tecnología, que terminan por someter a la sociedad bajo parámetros de economía y poder, lo que conlleva que la educación se circunscriba en líneas de profesionalización en concordancia con intereses que le señalan estos nuevos paradigmas de rigor. Las estructuras de administración de los gobiernos están obedeciendo a un régimen universal de poder y dominio que permea los sistemas de gobierno, obteniendo como consecuencia la burocratización de la administración a la que se subsume la educación, la cultura y la sociedad. En este sentido Theodor Adorno (2004), hace un profundo discernimiento interpelando a tomar una actitud crítica y emancipadora frente a la manera como se despliega la administración en nuestros sistemas de gobierno, lo que interpela a la reflexión sobre la situación real de nuestro país. Es por lo que considero importante traerlo a colación ya que vislumbra la dificultad para poder adoptar un sistema educativo inspirado en los planteamientos de John Dewey que atienda resolutivamente las necesidades actuales de la educación en nuestra sociedad. Adorno quien dice que “La administración es ajena a lo administrado, lo subsume en lugar de comprenderlo” cita a Max Weber quien teoriza al respecto:

Weber destaca esto en un excursus: “Detrás de todas las consideraciones del presente relativas a los fundamentos del sistema educativo se halla en algún punto decisivo la lucha del tipo especialista contra la vieja ‘humanidad de cultura’, lucha que penetra en todas las cuestiones culturales por íntimas que éstas sean, y que está condicionada por la imparable propagación de la burocratización de todas las relaciones de dominio públicas y privadas y por la importancia siempre creciente del saber especializado. (Weber, 2002, como se citó en Adorno, 2004, p. 119).

De esta manera, y en las actuales circunstancias, se difumina cualquier intento de adoptar una teoría pedagógica, cuyo fundamento se significa en la reconstrucción y replanteo de conceptos importantes para fortalecer y mejorar el andamiaje educativo de acuerdo con los propósitos que se quieren conseguir tendientes a superar los prejuicios, las hostilidades sociales, la eliminación de injusticias y la resolución de conflictos. Es el caso de la teoría deweyana que con sus planteamientos centrados en la reconstrucción de las experiencias de los individuos en cuanto se dan en sucesión significativa que mejoran y enriquecen activamente los procesos de aprendizaje y enseñanza, preparándolos para resolver problemas y capacitándolos para vivir fructíferamente de manera inteligente, libre y mancomunada en la sociedad que por principios políticos se debe instalar activamente como ciudadano circunscrito a una democracia. Desde este punto de vista y con el breve análisis hecho, se llega a inferir la dificultad y casi la imposibilidad de adoptar un esquema educativo que no esté viciado y que responda a las expectativas que se quieren lograr y que vayan en concordancia con el pensar propositivo de John Dewey. La pretensión de Dewey no es formar individuos bajo conceptos de eficiencia, productividad o competitividad, más bien su interés está centrado en que los individuos, guiados por el maestro, sean capaces de reflexionar sobre sus experiencias y sobre sus acciones, para construir su propio conocimiento y así ubicarse positivamente dentro de la sociedad de manera consciente, crítica, con criterio emancipatorio que contribuya dando su aporte en la construcción de una sociedad más justa, equitativa y democrática.

3.3. Mirada al contexto colombiano desde la perspectiva de Dewey

Después de escudriñar un poco sobre la situación actual de la educación dentro del contexto colombiano, inmerso precisamente en el sicologismo de Dewey, Puedo inferir tristemente que nuestra realidad educativa padece los rigores del desprecio de nuestros dirigentes, en cuanto no se acondiciona a propósitos productivos que atiendan intereses tendenciosos de economía y poder. Situación real se da en que algunos directivos gubernamentales de la educación, haciendo uso de los medios de comunicación, incentivan a los jóvenes de nuestro país para que dentro de sus perspectivas de formación excluyan las carreras concebidas como ciencias humanas, concretamente la psicología, por no ajustarse a conceptos de producción y rentabilidad. Claramente se aprecia que esta forma de pensamiento privilegia una razón instrumental y subestima la reflexión de donde emergen principios humanos que hacen sostenible una buena educación. En este sentido se aspira a producir un tipo de sujeto apto para adaptarse a los requerimientos políticos que se dan dentro de las exigencias de nuestra clase dominante. Es por lo que la educación en nuestro país se modula bajo unos parámetros que obedecen a intereses de consumo de una sociedad globalizada que sustituye a las relaciones humanas; dicho de otra manera, es como si el hombre en su condición humana y reflexiva tendiera a desaparecer.

La lectura del contexto actual señala un desconocimiento gubernamental a la problemática real que padece nuestra educación, por lo que en cierta manera se invisibiliza a los ojos de quienes tienen la tarea de favorecer resolutivamente un esquema educativo que se ajuste a las condiciones de vida y de formación de los seres humanos. Esto trae como efecto que se le reste importancia a la práctica social de la escuela y a todas las políticas educativas, por lo que se aumentaría en los individuos el descontento ante la amenaza de mantener en ignorancia a las generaciones futuras, sin que tengan acceso a conocer realmente las condiciones en que viven y los problemas que tienen que afrontar, propiciando así el desorden y fomentando los niveles de un conflicto que no podría ser resuelto de manera irracional. Pareciera ser que Dewey presagiaba algo parecido, pues según Eleucilio Niebles en un artículo titulado *La educación como agente social en John Dewey* refiere en este sentido:

Dewey sabe que tales inferencias tienen su apoyo en la consideración generalizada de que la clase dominante ejerce un poder tal sobre la sociedad, incluyendo a la escuela, que la convierte en su instrumento, por lo que al reproducir la escuela el orden social, su consideración y valoración como agente de cambio es poco menos que perder el tiempo (Niebles, 2005, p. 30).

Se pone de manifiesto un problema latente de nuestro país en tanto hay una clase dominante, privilegiada y sofisticada en donde su aparente honorabilidad se esconde el flujo incesante de corrupción y barbarie con el descaro de promulgar la impunidad y la normalización. En su alarde de soberanos someten al pueblo a su servicio en perenne obediencia bajo principios y leyes dictaminados por ellos mismos confundiendo el horizonte de perspectivas de los jóvenes, desfavoreciendo sus aspiraciones de crecimiento y desarrollo, limitando las oportunidades de una buena educación y de un trabajo digno. Es un pretender hegemónico y tendencioso en mantener a una población en ignorancia y en pobreza. En este momento las extralimitaciones de nuestra clase dirigente están llevando a que la población se percate de tal situación, tome conciencia de su condición de vulnerabilidad debido a que, las clases más desprotegidas han sufrido muchas injusticias. Es un despertar del pueblo que se siente oprimido que ahora reclama y exige un urgente cambio de sistema de gobierno, donde los derechos le sean retribuidos, donde las brechas económicas, étnicas y geográficas se cierren y que se abran los lazos de la inclusión, las oportunidades de una vida digna. Desafortunadamente todo este despertar genera una crisis social en el que toda la sociedad del país se ve involucrada. A este respecto se ajusta el discernimiento que sigue haciendo Niebles inspirado en Dewey:

En esta perspectiva, la única vía de solucionar el asunto es mediante una revolución que derribe el régimen existente. Se piensa con ello que de manera inmediata, el cambio educativo se realizará sin ningún obstáculo. El problema que Dewey percibe enseguida es que de cumplirse tal transferencia de poder no está claro cómo cambien las mentalidades, creencias, deseos y propósitos que están acordes con un sistema capitalista de clases y que la escuela misma agencia. De allí resulta que una vez producida la revolución, su desarrollo se verá obstaculizado por estas fuerzas que perviven, constituyéndose de hecho en factores contrarios que conducen a la conclusión de que ninguna revolución puede darse hasta que

el antiguo sistema haya desaparecido por completo, reiterándose además que el nuevo sistema instaurado no puede alcanzar su total desarrollo si no va de la mano de los cambios que precisamente la escuela propicia (Niebles, 2005, p. 30).

Llegando a este punto de reflexión, las personas vivencian un contexto real incómodo y de inconformismo que desencadena en una crisis social en Colombia. La discriminación, la pobreza, la falta de mejoras en la educación y las injusticias son aspectos negativos que llevan a que los jóvenes, los indígenas y los campesinos del territorio nacional plasmen su voz de protesta. Este inconformismo del pueblo se hace manifiesto en gran parte en diversas formas culturales y artísticas, lo desalentador es cuando las manifestaciones sustentadas en la irracionalidad toman el rumbo de la violencia traducida en vandalismo, saqueo y abuso de la autoridad, quedando como consecuencia dolor y destrucción, cosa que no hace bien a nadie. Como dice Hannah Arendt: “En toda crisis se destruye una parte del mundo, algo común a todos. El fracaso del sentido común, como una varilla de zahorí, señala el lugar donde el derrumbamiento se ha producido” (Arendt, 1996, p. 41). Es un momento coyuntural de mucha incertidumbre, pero también de optimismo en llegar a consensos que se den, si no totalmente al menos en gran parte, como respuesta favorable a los intereses del conglomerado en protesta.

Uno de los aspectos por los que se manifiesta el descontento general, es el manejo negligente que se le ha venido dando al sistema educativo por parte de nuestros dirigentes. Las múltiples debilidades que se evidencian en este sistema dejan por fuera en oportunidades a la mayoría de los jóvenes y niños que por su condición económica, étnica o geográfica son relegados a obtener una mínima o, si mucho, mediana educación de mala calidad. Es muy difícil que una persona llegue a obtener una educación digna, dada la indiferencia generalizada por el bien social por parte de quienes nos gobiernan. Es como si bajo el escudo de la constitución, de los discursos morales y fraternales, la proclamación de igualdad de oportunidades, se esconde un sistema educativo donde unos pocos privilegiados en instrucción y en fortuna se mantienen en poder y dominio frente a una muchedumbre en obediencia cobijada por la pobreza y la ignorancia (Zea, 1976, p. 292).

Es en este momento donde se hace necesario y urgente una reforma educativa sustentada en una profunda reflexión que conlleve a detectar todas las inconsistencias y fragilidades que presenta nuestro sistema educativo actual, con el fin de hacer una reforma que depure todo el andamiaje educativo, para que se afiance en su carácter innovador una infraestructura adecuada que garantice el aprendizaje digno a los colombianos.

Hay que considerar conveniente hacer un replanteo a la luz de los planteamientos de John Dewey, pues su convicción de que la filosofía puede a través de la educación aportar un fundamento a nuestra democracia, donde se discutan las reglas, se resuelvan los conflictos racionalmente y a que se tenga en cuenta a todos los individuos en igualdad; EL nos ofrece un sistema innovador, con nuevas categorías que se moldean y se ajustan dentro de un panorama educativo abierto, de inclusión y de progreso, en perspectiva a mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos. Atendiendo a ello “Una sociedad es democrática en la medida que facilita la participación en sus bienes de todos sus miembros en condiciones iguales y que asegura el reajuste flexible de sus instituciones mediante la interacción de las diferentes formas de vida asociada” (Dewey, 1916, P. 91). En este sentido la vigencia de Dewey, hace viable un proyecto de reforma a nuestro frágil sistema educativo que lleve a replantear aspectos como la mejora en las condiciones de vida de los docentes tanto remunerativas como de formación; mejoras en las condiciones de vida del conglomerado de los estudiantes en oportunidades, progreso e infraestructura; en la aplicación de modelos y métodos de aprendizaje donde se fomente la creatividad, el interés por aprender unido a una armónica conexión de emociones, teniéndose en cuenta el entorno natural, familiar y social; en la adopción del currículum que responda a las necesidades actuales de los estudiantes.

Algunos filósofos latinoamericanos en sus disertaciones ante las circunstancias deplorables que padece la mayoría de los países de nuestro continente¹³ y por los cuales se aplica una mala administración en todos los ámbitos en que se desarrolla la vida humana, culpan a la contaminación alienadora que se emana de la colonización mental que hemos heredado y que nos cohibe de crear

¹³ Reflexiones al respecto de Leopoldo Zea citando algunos autores en su obra *El Pensamiento Latino Americano*, Ed. Pormaca, S. A., México, 1976.

una conciencia real de nuestra situación de alienación mental, de alcanzar nuestro propio bienestar en originalidad y autenticidad. Uno de los grandes pensadores y críticos de Latinoamérica, el filósofo Edmundo Dussel¹⁴ en su análisis a este respecto, sugiere una transformación de la educación que dé un ‘giro descolonizador epistemológico’ como desafío a los discursos de la filosofía europea y angloamericana, que plantee un cambio de paradigma en los sistemas educativos con el propósito de adquirir una nueva forma de pensar original y auténtica. Reclama una educación para ser libres e independientes, para pensar con nuestra propia cabeza, no con la cabeza de extranjeros. Hay que formar creadores no repetidores, inventores no imitadores. La transformación de la educación se debe dar en todos los ámbitos de la sociedad que en su totalidad está afectada por la colonización. Se necesita formar personas libres, críticas, conscientes, que sepan reinterpretar nuestra verdadera historia a partir de nuestro propio pensamiento¹⁵.

Todas estas reflexiones pueden ser de mucho provecho ante las circunstancias actuales de nuestro país, en tanto contribuyen a crear conciencia de la problemática social que nos embarga, especialmente en el ámbito educativo donde se dan las pautas para la formación de los individuos. Por eso en estos momentos de coyuntura en nuestro país, se le debe dar centralidad al tema educativo dentro de las concertaciones para que los consensos se tornen en favor de una reforma educativa que garantice el desarrollo y crecimiento de todos los individuos y los lleve a ubicarse satisfactoria y felizmente dentro de nuestra sociedad democrática, como lo sugiere John Dewey.

¹⁴ Enrique Dussel, mejicano, emérito de la UNAM, es reconocido internacionalmente por ser uno de los fundadores de la filosofía de la liberación. Crítico del eurocentrismo y la occidentalización.

¹⁵ Dussel Enrique, *La Transformación De La Educación*, conferencia dictada en el Palacio San Lázaro, sede del Congreso de México. Desarrolla su postura sobre la nueva *Reforma Educativa* que se debate en todo el continente latinoamericano.

4. CONCLUSIONES

El estudio hecho en primera instancia al pragmatismo clásico, corriente a la que perteneció John Dewey, ha llevado a retomar elementos que al conectarlos con el contexto actual de Latino América y más específicamente de Colombia, interpela en cierta manera a escudriñar sobre aspectos que bien pueden darse en aplicación de manera resolutive de los problemas sociales actuales que acarrear a los seres humanos de este continente. El valor de verdad de esta corriente filosófica se mide por las consecuencias prácticas cuyos lineamientos entrelazan con el comportamiento humano; y esto conduce al rechazo de toda forma de colonialismo, de imposición y de dominación; es ahí donde se marca nuestro interés reflexivo, ya que se muestra como sustento para mantener las perspectivas de racionalidad de la sociedad ante la exigencia de la globalización. Se trata de encontrar un horizonte de nuevas perspectivas para que nuestras prácticas sociales permitan condiciones de convivencia que no involucren formas de dominación tal como se presenta en el contexto actual de nuestra sociedad. En este sentido hay que entender las formas de coexistencia social, sobre la base de principios éticos en un mundo globalizado. Es uno de los temas más importantes en nuestra reflexión y es por lo que Dewey cree encontrar en la educación un fundamento real que mejore las condiciones de vida de las personas.

La lectura de la obra de Dewey conlleva a reflexionar sobre el papel importante de la educación como factor y agente de cambio. Este autor, rompe con los paradigmas tradicionales y se lanza con nuevas perspectivas hacia la formulación de un sistema educativo renovado, tendiente a mejorar las formas como se desarrollan los sistemas de aprendizaje de los individuos. El aprendizaje basado en la reconstrucción de la experiencia en cuanto se va enriqueciendo en conocimiento y en valores de manera continuada y direccionada, de experiencia en experiencia, esto es creciendo en sentido y significado, explica la manera como las personas van aumentando sus niveles de construcción personal en todos sus ámbitos hasta hacerlos conscientes, críticos y responsables, capaces de enfrentar de manera resolutive los problemas y conflictos del presente, permitiendo que se posicionen con autoridad garante frente a la incertidumbre que emana por lo venidero, por lo que les reserva el futuro. Es por lo que la obra de Dewey sigue siendo una gran fuente inspiradora para quienes osan por construir una mejor educación.

Para Dewey la Escuela es fundamental en el proceso de desarrollo de los individuos, teniendo en cuenta que hay potencialidades diversas y formas diferentes de desarrollar la personalidad en todos sus ámbitos; y es la escuela la que tiene que posibilitar que se desarrollen todas esas potencialidades sin dejar a nadie atrás privilegiando aspectos como la flexibilidad, la libertad y la creatividad. Esto conlleva a incluir el entorno natural, familiar y social; conlleva a que los educadores tengan una excelente preparación; y conlleva a que el contenido curricular se adopte de acuerdo con las capacidades y necesidades de los individuos. En este sentido y para mayor comprensión la educación de Finlandia es un ejemplo que tiende a mostrar lo propuesto por Dewey, donde se discuten las reglas, se resuelven los conflictos racionalmente, donde se incluye a todo el mundo y donde se habla de éxito y no de fracaso escolar¹⁶

El estudio sobre el pensamiento pedagógico de John Dewey me ha llevado, en primera instancia, a ampliar la gama de conocimientos en un horizonte de nuevas perspectivas de aplicabilidad y proyección. En segunda instancia, me incentiva a tomar una posición más consciente y crítica frente a la realidad que cobija al contexto educativo actual de Colombia; lo que me anima a indagar otros puntos de vista, de autores con mucho criterio epistémico, que ayudan a visibilizar con mayor claridad las causas de los problemas que aquejan a nuestro sistema educativo y que mantiene en insatisfacción a la población estudiantil, que hoy reclama cambios que reivindiquen las oportunidades de tener acceso a una educación digna, dada en justicia y equidad.

El contexto actual de la educación en nuestro país reclama una especial atención, ya que las fragilidades que presentan conllevan a una serie de interrogantes enfocados a cuestionar la negligente gestión realizada por la administración del Estado. Se hace necesario hacer cambios urgentes, profundos y coherentes que lleven a mejorar el sistema educativo en todas sus facetas. Esto implica que los interlocutores propicien un campo racional de consenso para que se instauren los mecanismos que den apertura a un sistema educativo depurado, de participación abierta, con

¹⁶ Documental: “Un Crimen Llamado Educación” dirigido por Jürgen Klaric. <https://www.youtube.com/watch?v=7fERX0OXAIY>

el suficiente respaldo de los entes gubernamentales, en el que se incluyan a todos los individuos del territorio nacional, especialmente a los individuos de los sectores más desfavorecidos, sin dejar a nadie por fuera. Que todos sean tenidos en cuenta en igualdad de condiciones y oportunidades. Ojalá estos cambios se den al interior de la educación, con personas que estén directamente relacionadas con la educación; que hayan sido formadas dentro del campo de la pedagogía y de la enseñanza en general, pues son las más calificadas para leer objetivamente el panorama educativo actual y así dar un diagnóstico real, adecuado y esperanzador. Son estas mismas personas, dada su cualidad pedagógica, las que deben tomar las riendas de la educación en aras de incentivar el interés por el aprendizaje y por mejorar la calidad de vida de los individuos y por ende mejorar las condiciones de vida de la sociedad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bibliografía Primaria

- Dewey, J. (1899). *La Escuela y la Sociedad*. Trad. Beltrán.
- Dewey, J. (1902). *La escuela y el Niño*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Editorial Losada.
- Dewey, J. (1910). *How We Think*. Heath & Company.
- Dewey, J. (1916). *Democracia y Educación*. Ediciones Morata.
- Dewey, J. (1925). *Experiencia y Naturaleza*. Trad. José Gaos. Fondo de cultura económica.
- Dewey, J. (1934). *El arte como experiencia*. Trad. Jordi Claramonte. Hurope, S.L.
- Dewey, J. (1938). *Experiencia y Educación*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Ed. Lozada.
- Dewey, J. (1950). *Las Escuelas del Mañana*. Editorial Losada.
- Dewey, J. (1951). *La ciencia de la educación*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Editorial Losada.
- Dewey, J. (1989). *Cómo Pensamos*. Trad. Marcos Aurelio Galmarini.
- Dewey, J. (1991). *La educación de hoy*. Trad. Lorenzo Luzuriaga. Editorial Losada.

Bibliografía Secundaria

- Adorno, T. (2004). Cultura y Administración. En: T. Adorno. *Escritos Sociológicos*. Ediciones Akal, S. A.
- Arendt, H. (1959). *La Crisis de la Educación en: Entre el Pasado y el Futuro*. Ediciones Península.
- Barrena, S. (2014). El Pragmatismo. *Revista de Filosofía Factótum 12*, 1-18.
- Cadreja, M. (1990). John Dewey: Propuesta de un modelo educativo. *Aula Abierta*, 55.
- Catalán, M. (2001). Una presentación de John Dewey. *Revista de filosofía*, 22, 127-134.
- Darwin, C. (1992). *El origen de las especies*. Ed. Porrúa.
- James, W. (1907). *Pragmatismo*. Ed. Aguilar Argentina S. A.
- Niebles, E. (2005). La Educación como Cambio Social En John Dewey. *Historia Caribe*, 10, 25 – 53.

- Pallarés, M. y Muñoz, M. (2017). La Vigencia de Hannah Arendt Y John Dewey en la acción docente del siglo XXI. *Foro de educación*, 15(22), 1-23.
- Rorty, R. (1996). *Consecuencias del pragmatismo*. Tecnos.
- Ruiz, G. (2013). La teoría de la experiencia de John Dewey: significación histórica y vigencia en el debate teórico contemporáneo. *Foro de Educación*, 11(15), 103-124. doi: <http://dx.doi.org/10.14516/fde.2013.011.015.005>
- Sáenz, J. (2008). La Filosofía como Pedagogía. En G. Hoyos. *Filosofía de la Educación* (pp. 157-177.). Trotta.
- Trilla, J. (2007). *El Legado Pedagógico del siglo XX para la escuela del siglo XXI*. Graó.
- Zea, L. (1976). *El Pensamiento Latino Americano*. Ed. Ariel.